

II. MEMORIA POLÍTICA: LA SOCIEDAD CIVIL

CONTANDO CON LOS DEDOS

Algunas veces nos hemos reprochado no saber a punto fijo lo que es un Sindicato falangista. Y he aquí que un semanario de Madrid, puramente ortodoxo, no nos lo dice, pero nos quita un peso de encima, porque resulta que nuestra ignorancia es la cosa más natural y corriente del mundo. El semanario es "Juventud" y su fecha — la decimos para que no haya dudas — es la del 18 del pasado septiembre. En él, sobre la firma de don Antonio Castro Villacafias, encontramos un artículo en el que se dice: "No creo descubrir ningún Mediterráneo si afirmo que, por curiosa y gravísima paradoja, la parte menos construida de la doctrina nacional sindicalista es, precisamente, la que hace referencia a los Sindicatos. A decir verdad, se afirma cada día más en mi mente la idea de que muy pocos falangistas (sobran dedos en la mano para contarlos) saben de verdad lo que es un Sindicato falangista.

Como el autor del artículo ha pasado sin duda por la Escuela oficial de periodistas, tiene que saber contar. Cuando habla de dedos sobrantes lo hace en plural, de lo cual se deduce que no son más de tres las personas que están enteradas de lo que es un Sindicato falangista; pero no seamos rigoristas y admitamos que con el mismo descuido con que habla de la "mano", cuando hay que suponer que probablemente tiene dos por lo menos, así ha podido querer decir que sólo le sobra un dedo. En este caso serían cuatro las personas enteradas; pero ¿cuales serán? La primera — naturalmente — tiene que ser el Caudillo, que lo sabe todo. La segunda debe ser el ministro del trabajo, que lo sabe casi todo. La tercera debe ser el delegado nacional de Sindicatos, que también debe saber mucho. Pero ¿cual es la cuarta? Ahí nos perdemos en un mar de confusiones. ¿Será el Ministro Secretario General del Movimiento? ¿Será el Obispo de Madrid-Alcalá? Pero no; lo probable, según sus propias palabras, es que son dos los dedos que le sobran al señor Castro y que solo aquellas tres personas saben lo que es un Sindicato de la Falange." ¡Tres nada más!", dirán los criticones con venenoso aire de triunfo, como dando a entender

que en el franquismo nadie sabe por dónde anda. Pues sí, señores, tres nada más. ¿Y qué? Seguramente, la sutil naturaleza de un Sindicato falangista es una de esas cosas que cuantas menos personas las sepan, mejor. Algo así como un misterio; y a un misterio le va bien una trinidad de hombres providenciales. Tres y nada más que tres. ¿Para qué quiere un trabajador —un productor, según el Caudillo— saber lo que es un Sindicato falangista? ¿Es que para viajar hace falta saber lo que verdaderamente es un tren ni lo que pasa dentro de la locomotora? El viajero paga su billete, se mete en un vagón y ya no tiene que preocuparse hasta el final de su viaje, en que una flecha le señalará: "La salida, por aquí." Así, en un Sindicato falangista, el "camarada" no tiene que hacer sino pagar la cuota y no ocuparse de nada más. Todo se lo darán hecho. No tendrá que escoger a sus dirigentes; no tendrá que pensar cuánto quiere ganar, pues ya se lo dirán; como le dirán también cuántas horas debe desear trabajar; con cuánta hambre tiene que contribuir a la vida de la Falange y a qué hora debe dejar el trabajo para dirigirse a tal o cual sitio a ovacionar espontáneamente al Caudillo a su regreso de algún viaje triunfal por sus dominios, ya que fuera de ellos nadie quiere admitirlo. Es evidente que, para disfrutar tal existencia, el trabajador español, llevando sobre el cuello el yugo liberador que le ha puesto el Caudillo, no necesita saber lo que verdaderamente es un Sindicato falangista. Le basta conocerlo por sus beneficios. Sin embargo, la diferencia con aquello del tren está en que el trabajador español no ve una flecha —ni siquiera una de las cinco flechas de la Falange— que le señale la salida. Y es que la salida de eso, ni siquiera el Caudillo sabe por dónde está. Pero ya hay quienes la están buscando.

16 de Octubre de 1.952

HACEDORES DE HISTORIA

Encabezando el periódico oficioso de la Falange "Arriba", del día 20 de este mes, es decir, al día siguiente del ingreso del francofalangismo en la UNESCO, el portavoz de la intelectualidad francofalangista, señor Giménez Caballero ha publicado un artículo cuya esencia, resumida en el último párrafo, parece venir como un esclarecimiento o cláusula adicional al compromiso que con la docta organización contrae la España oficial del Caudillo. Como hecho por un ortodoxo, el párrafo está dentro de la famosa "dialéctica de las pistolas", y, dice así:

"Las juventudes no miran al pasado. Creen en la vida y en el porvenir. Por eso no ingresan en otras Academias que las de combate. Y no gustan de libros nostálgicos, sino incitadores. Y no quieren escuelas de retóricas. Sino Escuelas de Mandos. Como las admirables que hoy puede presentar el Falangismo: ante España y ante el mundo."

Viene esto después de haber dicho que "lo que las Juventudes quieren es hacer historia, y no que se la den, académicamente, ya hecha."

Interesante va a ser, según se ve, la nueva aportación que recibe la UNESCO. Esta organización para el desenvolvimiento de la educación, de la ciencia y de la cultura, no parecía ver otra manera de interesarse por la historia que hacerla "académicamente" estimulando y subvencionando las investigaciones. En adelante tendrá en su seno quienes podrán explicar cómo puede hacerse más historia vaciando el cargador de una pistola que desatando los legajos de todos los archivos y que revolviendo los libros de todas las bibliotecas.

Y así con ese refuerzo de hacedores de historia salidos de las admirables escuelas de Mandos del falangismo, quedará la UNESCO tan completita.

27 de Noviembre de 1.952

PAPELES Y CAJAS

En el mismísimo comienzo del gran discurso que ha pronunciado ante el Consejo Político Sindical, el Caudillo ha dirigido una de sus cinco flechas, la más envenenada, contra la Democracia, contra “aquella falsedad organizada, que decía que metiendo un papel en una caja de madera se vinculaba el hombre con la marcha del Estado y de su Gobierno.”

La verdad es que eso de querer resolver la salud del Estado metiendo papelitos en una caja, es casi tan absurdo como esa práctica que existe entre los fieles súbditos marroquíes del Caudillo, para resolver su salud personal, de escribir en un papelito un versículo del Corán, hacerlo con los dedos una pildorita y tragársela con la fe puesta en Alá, en Mahoma y tal vez en el Caudillo mismo. Pero en lo que éste se muestra cruelmente injusto es en zaherir —desde la cumbre de la felicidad española— a los países en donde aún se practica el sistema de elegir a los gobernantes por medio de papeletas. ¿Qué van a hacer esos pobres países? ¿Qué sistema van a seguir mientras Dios no les dé un Caudillo con gracia divina para designarles los ministros, los procuradores, los alcaldes y hasta los monopolizadores de los negocios? Cuando les llegue el hombre providencial, se acabarán, como en España, esas cajas tragapapeletas. Por cierto que el Caudillo las llama cajas “de madera” y la verdad es que la ley española prescribía que esas cajas o urnas fuesen de cristal para que las gentes vieran caer en ellas los papelitos. Si el Caudillo las atacara precisamente por ser de madera, entonces el argumento caería por su base; pero probablemente no ha sido ello sino un reflejo involuntario de la preocupación por otras cajas a las que el Caudillo tenía también que referirse en su discurso; y esas sí están hechas con listones de madera. Son las cajas en las que se encierra la naranja para exportarla. De ellas dijo el Caudillo que se da el caso doloroso de que valen más que su contenido en fruto. Ello es una manifestación más de esa lamentable democracia —de la que mete papeles— que existe aún en los

países de donde España tiene que importar la madera. Allí, los obreros que talan los árboles, los que sierran la madera, y los que la transportan, gozan la escandalosa libertad de intervenir en la discusión y en la fijación de sus propios jornales y ¡así resulta el precio de la madera! Menos mal que, en compensación, se puede en España comprimir cuanto se quiera los jornales de quienes cultivan y manipulan la naranja. Y gracias a tan prudente economía, las ventas al extranjero dejan divisas suficientes para comprar esos magníficos coches que dan digno esplendor al francofalangismo.

27 de Noviembre de 1.952

POR DIFERENTES CAUSAS

La primera vez que, en Francia, vimos un cura en bicicleta, nos produjo más asombro que la Torre Eiffel. Nos dieron ganas de llamar a voces la atención de las gentes que circulaban por la calle sin, al parecer, haberse dado cuenta de aquel caso que pensábamos no poder volver a ver, por creerlo singularísimo y propio tal vez de un cura loco. Y, sin embargo, nos quedaban por ver en este mundo muchísimos más curas ciclistas, y hasta monjas y canónigos en motocicleta. Llegábamos entonces de España, en donde la dignidad de los cargos, de los uniformes y de los hábitos impide descomponer la figura aun con el ejercicio de algo, al parecer tan honesto, como el ciclismo.

Cuando en Nueva York nos llamó la atención ver a un ciclista, nos dimos cuenta de que, probablemente, llevábamos varios días sin haber visto otro, lo cual nos hizo comprender que en aquel país del automóvil y del tráfico, el papel de la bicicleta no es cómodo ni airoso.

Asociando las dos ideas, pensamos que si el cardenal arzobispo de Toledo y el cardenal arzobispo de Nueva York fuesen llamados a dar su opinión sobre el caso de un cura en bicicleta, los dos se expresarían condenatoriamente. Sin embargo, habría una diferencia entre los dos juicios: el arzobispo de Toledo daría el suyo inspirado por un santo horror al ciclismo sacerdotal, en tanto que el arzobispo de Nueva York obraría impulsado sencillamente por aversión a la bicicleta.

Esta asociación de ideas no es meramente fortuita ni arbitraria. Nos la ha sugerido la noticia, leída en la prensa, de que esa moderna institución —sobre todo la francesa y aún la italiana— de los curas-obreros, está en crisis y casi en estado de supresión por la formal oposición que han decidido hacerle el cardenal norteamericano y los cardenales españoles. Ni el uno ni los otros ven con buenos ojos que los sacerdotes alternen los santos oficios del altar con esos otros oficios mecánicos que en fábricas y talleres descomponen la eclesiástica y sugestiva majestad de unos varones que —inocentemente o no— preten-

den ser más útiles a la causa de Cristo infiltrando en el pueblo su doctrina con ejemplos de amor, de humildad y de fraternidad en el trabajo. Los tiempos corren y las cosas eternas cambian dentro de su eternidad. Una cosa es que San José fuese carpintero y otra muy distinta es ver ahora a un cura levantando virutas con una gariopa y salir luego conversando con sus compañeros de trabajo. Una cosa es que el Papa lleve en la mano el anillo del Santo pescador y otra que se le ocurriera ir a pescar.

Pero, además, esos contactos tan desiguales y la pobreza en que viven tantos obreros, bien pudieran influir en las jóvenes conciencias de esos sacerdotes, despertando en ellos sensibilidades e induciéndolos a la tentación de querer hacer justicia en este mundo cuando su papel es prometerla para la otra vida. Para nada deben ellos meterse en si los ricos son demasiado ricos y los pobres demasiado pobres. Si en países como España unos comen y otros no comen, ello es necesario para el orden y la paz que ha traído el Caudillo. Interesándose y mezclándose en esas cosas podríamos llegar a que los curas se hicieran socialistas y —¡vade retro!— hasta comunistas. Por otra parte —y esto interesa más a un estadounidense—, los comunistas, en su táctica sinuosa y acomodaticia, bien pudieran aprovechar esos contactos para hacer el aprendizaje de curas y poder así colarse en la gran República norteamericana, gran acogedora de sacerdotes de todas las marcas.

Y he aquí cómo, en un nuevo pacto hispano-yanqui, unos cardenales tan diferentemente ambientados, coinciden en la condenación de una misma cosa aunque —igual que en el caso de la bicicleta— por motivos distintos. Así ocurre que en ese delicado asunto del sacerdocio obrero, los cardenales españoles sienten el temor de que los curas se hagan comunistas, en tanto que lo que teme fundamentalmente el cardenal Spellman es que los comunistas se hagan curas.

12 de Noviembre de 1.953

A LA MAYOR GLORIA

Muchas son las necesidades que, no obstante la obra providencial del Caudillo, padecen las ciudades españolas. Pero no son sino necesidades materiales: falta de viviendas, de energía eléctrica, de agua o de artículos alimenticios. No escapa a ese estado de necesidad la vieja y noble ciudad de Burgos; pero, muy por encima de ello, siente una más elevada necesidad espiritual que ya está a punto de satisfacer.

Fue Burgos la capital que escogió el Caudillo para sus dominios durante la "Cruzada", hasta que, vencedor, pudo instalarse en Madrid para emprender el engrandecimiento de España. A Burgos llegaron, para asistirlo y para darle tropas y armas, los Estados Mayores alemanes e italianos, noblemente preocupados por el bien de nuestra patria. Desde allí se ordenaron muy buenos bombardeos de otras ciudades españolas.

Es pues, justo y natural que Burgos, al igual que Madrid, guarde testimonio imperecedero de las glorias del Caudillo. Así lo ha comprendido éste y, por medio de las autoridades que en esa ciudad, como en todas, le deben su nombramiento, ha convocado un concurso entre artistas, estimulándolos con abundantes y cuantiosos premios para que ideen y levanten en su honor un monumento tan grande y suntuoso como corresponde a su excelsitud.

Tan acertada decisión nos trae a las mientes un episodio de la vida de Alejandro Magno, cuando estaba en el apogeo de su gloria de conquistador; conquistador, no de su patria, en la cual ni siquiera destruyó gloriosamente tales o cuales ciudades, sino fundador de no pocas de éstas en los enormes territorios que anexionó a su país. Un día, consiguiendo llamar su atención con ingeniosa habilidad, se le acercó un individuo. "Soy —le dijo— Dinócrates, arquitecto. Quisiera dedicarte un monumento digno de tu grandeza. Si me das medios para ello, tallaré el monte Atos en una colosal estatua que en su mano izquierda soportará una ciudad y en su derecha tendrá una copa en la que verterán sus aguas los ríos de la montaña". No aceptó Alejandro tamaño homenaje; sin

embargo, pareciéndole Dinócrates hombre de grandes ideas y capaz de realizarlas, lo retuvo junto a sí, y más tarde le encargó el trazado y la edificación de la ciudad de Alejandría, que él había fundado.

Nos guardaremos muy bien de emparejar la gloria de Alejandro con la incomparable del Caudillo. Si nos hemos referido a aquel episodio, es precisamente para resaltar la superior y auténtica grandeza del salvador de España, que, sin hipócritas afectaciones de modestia y sin andarse con cicaterías, convencido del deber que tiene de perpetuar su figura sobrehumana, no sólo no rechaza a un Dinócrates sino que llama a todos los de España y a los de América para ver cuál de ellos le presenta una idea más grandiosa, que nunca lo será bastante. Al Caudillo habría que dedicarle más, mucho más que lo que cabe en una ciudad ni aun en una provincia; su figura debería tallarse no ya en un monte Atos, sino en toda la Sierra de Guadarrama, dejando la Sierra Morena como lugar más apropiado y simbólico para un grupo de significados colaboradores suyos.

Pero, en fin, todo se andará. Apliquémonos por lo pronto a este gran monumento urbano en el que, rodeado de alegorías, de trofeos y de inscripciones, se levantará la estatua ecuestre del Caudillo, en cuyo bronce, cuando hierva cegador en un crisol inmenso, deberán arrojarse los metales simbólicos de la "cruzada": cascos ensangrentados de las bombas que los fraternales aviones extranjeros echaron sobre ciudades contumaces; fragmentos de los espléndidos obuses con que la escuadra alemana bombardeó gloriosamente a Almería...

¡Vengan, vengan ideas para componer ese impresionante conjunto conmemorativo! Nosotros tenemos vagamente la nuestra... Un amplio encuadramiento de ruinas, con fragmentos traídos de aquellos lugares de España en los que, como un rayo purificador, cayó el genio militar y político del Caudillo; la estatua de éste, en el centro; detrás, agrupados en un segundo término, un alemán, un italiano y un moro; y a los pies del Caudillo, enredado entre las patas de su caballo y entregándole su vida pecadora, ¡un español!

4 de Abril de 1.954

EL GLORIOSO RESCATE

El Caudillo ha aumentado la incontable lista de sus glorias, rescatando un numeroso grupo de prisioneros de aquella briosa División Azul que en ocasión memorable marchó en ayuda de Hitler para conquistar la inmensa Rusia y que, como nueva "Armada invencible", fue desamparada por el cielo al cual quiso servir.

Una vez más ha florecido y fructificado el genio del Caudillo que, como se sabe, es múltiple. Con su genio militar hizo caer prisioneros a aquellos españoles y con su genio político los ha rescatado mediante unos tratos de los que sólo se sabía que han sido muy largos y laboriosos, hasta que ha revelado algo más el corresponsal de "Arriba" en Londres, justamente orgulloso de su participación en ellos.

Muchas y muy variadas han sido las gestiones hechas por el tal corresponsal, señor Guy Bueno, "con la anuencia —como él dice— de nuestro Gobierno, sus instrucciones y sus consejos". Hasta ha tenido nada menos que tratar con los funcionarios rusos residentes en Londres "cuando —según sus propias palabras— entre los muros de su representación diplomática, ante las mesas cargadas de caviar y de vodka, los bocadillos exquisitos y los pastelillos exóticos, el mero hecho de mi presencia allí parecía ser síntoma de buen agüero".

No dice el señor Bueno si tales finezas encontraban una cordial correspondencia en la Embajada española, ante otras mesas cargadas de chatos de manzanilla sanluqueña y de aceitunas sevillanas rellenas de anchoas; pero esta y otras cosas son dejadas por el corresponsal en un incitante misterio, como cuando dice: "Debo indicar que el advenimiento de Malenkov me ofreció personalmente una oportunidad excepcional." Misteriosas son también sus apreciaciones sobre que "poco a poco tuvimos pruebas concretas de una buena voluntad rusa para con nosotros", y de que "el viento político que azotaba la estepa giraba en nuestro favor"; pero más clara y desnuda es su afirmación de que "hubo intentos de negociación comercial, por mediación de terceros países, que tuvieron como contrapartida el rescate".

Ni aun con esas insinuantes tercerías se decidían los rusos a entregar los prisioneros. ¿Qué fue lo que los decidió? Imaginamos al Caudillo enrollando su genio político y desenvainando su genio militar. Su plenipotenciario señor Bueno, debió presentarse así en la Embajada soviética:

—Mi Caudillo les hace saber a ustedes que ya ha recibido de Norteamérica los tanques de treinta y nueve toneladas.

—¡Recuernos! —se dirían los bolcheviques—. Pero, hombre, no se ponga usted así.

Y llamaron al embajador, el cual llegó hasta la mesa de los bocadillos exquisitos con un envoltorio en la mano y diciendo afectuosamente:

—Diga usted al Caudillo que mande cuando quiera a recoger en Odesa sus prisioneros y que puede comerciar con nosotros cuanto guste. Además, hágame el favor de enviarme de mi parte esta latita de caviar.

Así aquellos desdichados españoles salieron de los campos siberianos y embarcaron en Odesa. El coronel franquista que los conducía dirigió desde el mar un radiograma al Caudillo expresándole la adhesión de todos los repatriados; pero no una adhesión cualquiera, sino “inquebrantable”, pues ninguno quiso dar a la suya carácter de quebrantable, ya que siempre hay tiempo para esas cosas.

No bien se han extinguido los vibrantes vítores al Caudillo con que los ex cautivos han sido recibidos en el puerto de Barcelona por lo más vistoso y sonoro del francofalangismo, cuando ya los murmuradores se entregan a su oficio. Todos, eso sí, se felicitan, como nosotros, de que esos desdichados hayan salido del cautiverio; pero se atreven a censurar a los rusos por no dejar también en libertad a otros españoles, como si se pudiese pedir igual trato para quienes están marcados por su condenable cualidad de socialistas y de republicanos. También murmuran esos maldicientes que, no representando los prisioneros la liquidación obligada de una victoria sino la muy tardía y lastimosa de un sangriento fracaso, es una monstruosidad querer hacer pasar tal asunto como un honor para el Caudillo. Hasta llegan a decir —¡qué bárbaros!— que ese episodio de los prisioneros de la División Azul es una vergüenza para el salvador de España, y propio para ser pasado en silencio y con nocturnidad. No se

explican esos insensatos los vítores al Caudillo, ni las negociaciones comerciales caudillo-soviéticas, ni esa cierta buena voluntad rusa, ni los favorables vientos de la estepa, ni los bocadillos exquisitos, ni el delicioso caviar. Tampoco nosotros nos lo explicamos; pero —¡qué diablos!— ya pasaron aquellos vergonzosos tiempos en los que en España se explicaba todo.

15 de Abril de 1.954

LO QUE SE PESCA

Lo que se pesca en los mares de España no es cosa que pueda dar satisfacción a la economía nacional. Los peces —ellos sabrán por qué— abandonan nuestras costas; solo en su retaguardia encanijada se capturan algunos ejemplares de reducido formato. Se fueron las sardinas y hasta las langostas escapan como si les hubiesen mentado la mayonesa.

Para ocuparse de tan grave situación se ha reunido una "Conferencia Nacional Pesquera". En ella han participado desde los pescadores que, por no estar demasiado ocupados con la pesca no tienen tiempo para vivir de ella, hasta quienes, como la Falange, por no ocuparse de nada, tienen tiempo para vivir de todo, hasta de la pesca.

Pero la situación, además de grave, es, sobre todo, misteriosa. Por eso el problema, más que en el terreno técnico, ha sido acometido de un modo espiritual. Una misa de Espíritu Santo ha dado comienzo a la Asamblea.

Las esperanzas de ésta se han puesto en los poderes providenciales del Caudillo. Por eso todos los corazones han sido levantados hacia él por la fuerza ascensional de la palabra del ministro de Trabajo, señor Girón. "Avanzad, señores —les ha dicho éste—, luchad y triunfad. Franco, Alcalde del Mar, os lo manda y os lo exige en nombre de la Patria, en nombre de la Historia, que por el camino del mar hizo grande a España."

Y, en efecto, los reunidos han avanzado, inflamados por la fe, hasta redactar una luminosa "Declaración pesquera de Madrid". No se habla en ella —ni falta que hace— de técnica ni de economía pesquera, ni tampoco de las redes ni de los anzuelos; pero a través del resplandor de fervorosas invocaciones a la divinidad, a la fe de nuestros mayores y al pensamiento de los teólogos, la Declaración termina con esta conclusión emocionante:

"Que en apretado haz —como las flechas de nuestro escudo— estamos a las órdenes de nuestro Alcalde Mayor del Mar, el Caudillo Franco, y que a su voz de mando izaremos en nuestros barcos la enseña de la Patria para defender en cualquier mar la unidad, la libertad y la grandeza de España."

Pocas veces el francofalangismo ha alcanzado tanta grandeza como en esta ocasión en que promete levantar su bandera de combate sobre los barcos pesqueros para convertirlos en arrolladora flota de guerra que lleve triunfalmente por los mares el invencible genio del Caudillo.

Para entregarle a éste la vibrante "Declaración pesquera" marcharon al Palacio Nacional los asambleístas, esperando oír del salvador de España las palabras que hiciesen volver a los peces. Sin duda no fue mayor la fe con que en trance análogo acudieron a Jesús los impescantes pescadores de Tiberiades.

Pero ocurrió algo terrible. El Caudillo apareció gravemente sombrío; habló de su alarma y de su tristeza viendo en el litoral español "tantas fábricas paradas, tantos brazos sin trabajo y tantos dolores y miserias"; que "desconocemos todavía mucho de lo que en el mar, en los ámbitos misteriosos del mar, pasa". Y, con expresión dramática, hizo esta declaración: "Muchos son los problemas que el Estado puede ayudar y estimular a resolver: pero el Estado no es un Estado-providencia..."

Las palabras del Caudillo cayeron sobre los reunidos como una escarcha. ¿Cómo y por qué el francofalangismo ha dejado de ser un Estado-providencia? ¿Qué va a ser ahora de la feliz España?

Corren las voces y cuentan que el Caudillo se siente abandonado por la gracia de Dios. Para convencerlo de ello no había sido bastante que el Ser Supremo lo haya privado de agua y de trigo; pero esta emigración de los peces, no puede ser atribuída a los rojos ni a la conjura internacional. Forzoso es reconocer en ella un sobrenatural designio. Ya ventó el cardenal Segura anunciando graves males como consecuencia de los tratos con esos protestantes norteamericanos; pero, después de otros celestiales avisos, sólo ante la crisis pesquera habría el Caudillo de reconocer que su régimen ha dejado de ser un Estado-providencia. Estaría escrito que la desprovidenciación del francofalangismo había de estar a cargo de los salmonetes.

29 de Abril de 1954

PARA LLEVAR EN LAS MANOS

Hay insensatos para todo, y acaso los haya hasta para discutir si entre los grandes hombres de la historia el Caudillo es o no el de mayor genio militar y político y el de la espada más invencible. Pero no habrá quien no esté convencido de que nadie ha recibido jamás tal número de galardones —ni siquiera de papel— como suman las muy valiosas y enjoyadas medallas de oro con que las provincias, ciudades, pueblos e instituciones de una España salvada, engrandecida, enriquecida y alegrada, obsequia a su salvador, engrandecedor, enriquecedor y alegrador.

Empezaron las ciudades, siguieron las provincias, vinieron después los pueblos grandes, y ahora siguen otros pueblos que tienen la noble pretensión de parecer grandecitos. Se comenzó con medallas de oro seco; pero, después, en una nobilísima emulación, se les ha ido agregando brillantes y otras preciosas zarandajas. Cuando alguien propone uno de estos homenajes, los demás miembros de la corporación asienten unánimemente. Es que todos son buenisimas personas, como designados que son por el Caudillo. Este lo acepta todo con la encantadora y digna naturalidad del hombre grande y engrandecedor que recibe una ínfima parte de lo que se le debe. No se busquen ya mordaces alusiones, sino calurosas palabras de aprobación en la prensa "orientada". ¡Cuánta diferencia con las pequeñeces de antes! Nos acordamos del escándalo que, en tiempos de la República, se le armó a Lerroux por haber aceptado un reloj de oro que le regalaron unos opositores aprobados.

Pero ¿cómo se había quedado atrás Salamanca? Acaso porque esperaba abrillantar con sus medallas la celebración del séptimo centenario de su Universidad. Y al llegar el Caudillo con tal motivo, las corporaciones municipal y provincial le han entregado sus respectivas ofrendas.

—Nunca es tarde si la medalla es buena— se ha dicho el Caudillo—; y, en efecto, ¡qué medallas!

"La Medalla de Oro de la Ciudad es de artística filigrana charra, con el escudo de Salamanca en esmaltes de finos colores." Así describe

la joya el órgano falangista "Arriba". Pero ¿y la de la Provincia? También nos lo dice el mismo periódico: "La Medalla de la Provincia, confeccionada toda ella en oro, lleva el escudo de Salamanca, en el que se incrustan varios brillantes y otras piedras preciosas."

Con las dos medallas se ha asomado el Caudillo al balcón del Ayuntamiento salmantino y ha lanzado una pública condenación contra "esos seres incalificables, indigos de la sociedad española", que piensan que ya está él —¡el Caudillo!— demasiado tiempo en el Poder. Mentira parece que pueda llegar a tanto la "incalificabilidad" de esos seres. Con la mano puesta en la empuñadura de su invicta espada los ha estigmatizado Su Excelencia. ¡Qué gesto el suyo! ¡Lástima que no lo acompañase la calidad de su voz!

Pero el Caudillo, impávido y altivo ante el ensangrentado dolor ajeno, inexorable en su justicia exterminadora, es en cambio muy sensible a la ingratitud. Herido por ella, a través de su amarga indignación, deja ver el presentimiento y la preocupación de otra vida: de una vida postcaudillal hacia la que quieren arrojarlo esos "seres incalificables" e impacientes, para los cuales duran ya demasiado sus poderes providenciales. Por eso, al terminar el último de los discursos de su brillante serie salmantina, Su Excelencia ha dicho —como dando prisa a quienes aún tienen que entregarle más medallas— "que no quiere llegar a la otra vida con las manos vacías".

3 de Junio de 1954

DESDE EL PARDO A FORMOSA...

Grande es la preocupación que el asunto de Formosa produce en los Gobiernos y en los Estados Mayores. Todos ellos, los de un bando y los del otro, los que tratan de atacar a la gran isla o quienes pretenden defenderla a ella y a las otras islas costeras ocupadas por los nacionalistas chinos, se plantean la misma pregunta: ¿Qué va hacer el Caudillo?

Sabido es que el Caudillo es el mejor amigo de Chang Kai Chek y que, además, lo es por propia iniciativa. El mundo se estremeció hace justamente dos años cuando Su Excelencia envió a Formosa a su ministro de Asuntos Exteriores, portador de la Gran Cruz de la Orden del Mérito Militar y de un retrato dedicado al mariscal chino.

Tan grande como satisfactoria fue la sorpresa del señor Martín Artajo al ver el carifio que allí, tan lejos, se le tenía al salvador de España. Los formosanos, disciplinadamente, aclamaban al Caudillo alrededor de un gran cartel que mostraba su figura estrechamente abrazada a la de Chang Kai Chek. El mariscal vibró de emoción cuando Artajo le transmitió el mensaje que trafa para él: le brincaba en el alma la inmensa fortuna de haberle sido simpático al Caudillo. Este le ofrecía la ayuda de sus fuerzas y de su genio militar para cuando se encontrase en algún apuro, y hasta para la conquista de la China continental. ¿Qué más quería?

Regresó el ministro español llevando para el Caudillo las insignias de la Orden Sublime de las Nubes Propicias. Una bendición más: la de Buda, sobre la de Cristo y la de Mahoma. La prensa estuvo a la altura que le correspondía, y el órgano del francofalangismo se expresó así: "No, no es una metáfora de flores lo que se ha tendido entre España y Formosa, sino un sólido puente de amistad entre los dos países que constituyen precisamente los pivotes de la defensa anticomunista en Europa y en Asia." Ya no cabía duda: quien le tocase a Chang Kai Chek tendría que entenderse con el Caudillo.

Y he aquí que Chang Kai Chek está tocado. Una tras otra, va perdiendo sus islas costeras, y quienes tenían que defenderlo van

escurriéndose y limitando su compromiso. Pero el mariscal espera al Caudillo; lo espera con paciencia china. No quiere oír a los lenguaraces que le advierten que la grandeza del Caudillo está hecha con deslealtades y perjuros en cadena. Chang Kai Chek está seguro del honor que venía empeñando en aquella promesa que, como un grueso angelote de la Anunciación, le llevó Martín Artajo.

Y entretanto, los combatientes ciertos y los beligerantes eventuales, se muestran vacilantes y temerosos antes de comprometerse demasiado. Todos ellos quisieran penetrar en las calladas intenciones del Caudillo; todos conocen el valor providencial de su genio; pero ¿hasta dónde se propone llegar en ese grave asunto de Formosa? Es ésa una incertidumbre como aquella que preocupó al mundo en otra ocasión memorable. Entonces, al menos se sabía que el Caudillo había ofrecido a Hitler un millón de soldados para la defensa de Berlín. Y los beligerantes sabían a qué atenerse. Pero ahora la inquietud es mayor, pues no se sabe cuantos soldados tiene ofrecidos a Chang Kai Chek.

3 de Marzo de 1.955

ENTRE EL MANDO Y EL PAN...

Abrumados por la responsabilidad y estremecidos hasta el escalofrío han debido sentirse los miembros del Consejo Técnico de las Universidades Laborales escuchando las efervescentes palabras que, al darles posesión de sus cargos, les ha dirigido el ministro de Trabajo, señor Girón.

“Vais a afirmar por un período de mil años la unidad de las conciencias, las inteligencias y las voluntades de esta Patria dura e incómoda”. Y el ministro ha agregado: “Si acertáis, la gloria que contraéis con España y con la humanidad os hará dignos de que vuestros nombres, por este solo hecho, no sean jamás olvidados de la Historia. Si os equivocáis...” ¡Ah!, si se equivocan, la cosa será terrible. Pero ahí está el señor Girón para evitarlo y para imponer su cultura falangista, que no es una cultura cualquiera. Como él dice, se trata “no de una cultura entera y brillante, con punta, filo y contrafilo”. Es decir, que no se trata de una cultura clásica o pregironiana, sino de una cultura ofensiva y dominadora, que, según parece, es la verdaderamente realizadora del ideal humano. Téngase en cuenta que el señor Girón es el autor de la “previsión ofensiva” y que para él la vida misma es algo así como una gran ofensiva con variaciones. Para el señor Girón —gran psicólogo—, quien estudia va empujado por un ardoroso afán de mando. Nunca lo hubiéramos imaginado, pero gracias a él nos damos cuenta de que esos que, estudiando noche y día, parecen sumidos en la beatitud del saber, no son sino unos mandones que, si se recluyen y aun se aíslan en un laboratorio, es para darse la satisfacción de mandar en el mozo de la limpieza.

“A mandar aspira el grande y el chico, el sano y el enfermo, el sabio y el ignorante”. Así se expresa el señor Girón, bien seguro de que el deseo apasionado de mandar domina todos los sentimientos del hombre. Este, según el ministro, “será capaz de llegar al borde de la muerte, a la muerte misma, con tal de mandar un instante. La historia del espíritu humano está llena de episodios y aun de mitos en que el deseo de mandar es el motor de sublimes aventuras del hombre”.

¿No es verdad que en este ardor oratorio el señor Girón nos muestra con evidente fruición la esencia misma del "glorioso alzamiento"? Mandar, querer mandar aun sin saber qué; asaltar el Poder por todos los medios, con todas las ayudas, sin detenerse ante nada, ni ante la sangre, ni "ante la muerte misma, con tal de mandar..." ¡Cuán sublime grandeza! Y el señor Girón asciende a las nobles alturas de su falangismo pronunciando estas palabras: "Entre el mando y el pan, mil veces el hombre preferirá el mando."

¡Naturalmente! Con el pan no se tiene nada más que el pan, pero con el mando se tiene el pan y muchas otras cosas. En verdad, esta doctrina tan falangista del señor Girón, aunque perfeccionada y ampliada, viene a ser la de aquel gitano tan seguro de sus facultades apropiatorias que, arrodillado ante un crucifijo, decía fervorosamente: "Señor, yo no te pido que me des el pan, sino nada más que me pongas en donde lo haiga."

31 de Marzo de 1.955

CONSEJEROS JESUSEROS

Pensábase en otros tiempos que con el estornudo podía escaparse el alma, que era el aliento mismo. Y como el demonio, gran descuidero, anda siempre al acecho para atrapar lo que más le conviene se le conjuraba en el momento preciso con un "¡Jesús!" que lo espantara o aturullase para no dejarlo hacer de las suyas.

Nadie, entonces, dejaba de cumplir tan sencillo exorcismo en presencia de un estornudante, y aun éste solía santiguarse a continuación por si el alma se le había vuelto a meter en el cuerpo, tocada tal vez por el espíritu del mal.

Pero vinieron los tiempos del laicismo y en ellos se llegó hasta lo que podíamos llamar la secularización del estornudo. Las gentes descendieron hasta oír estornudar con la misma indiferencia que quien oye llover. No podía tal cosa continuar después del triunfo del Glorioso Movimiento, restaurador de las buenas costumbres y de los piadosos deberes; y así no habrá hoy en España quien, sin riesgo de hacer caer sobre sí las más peligrosas sospechas, no asista al prójimo con la santa palabra en el comprometido trance de estornudar.

Tal asistencia está particularmente prevista y asegurada para quienes ocupan los altos cargos del régimen y sobre todo para los presidentes que el francofalangismo ha puesto a los Consejos de Administración. Es opinión general que esos presidentes tienen el alma llena de asideros por donde el diablo puede cogerla apenas se les asome por las narices. Hay, pues, que asistirlos con tal presteza que entre el estornudo y el "¡Jesús!" no quepa ni siquiera un pelo.

Por eso, para todos los Consejos de Administración, y sin que tengan que saber nada sobre los intereses administrados, se han designado consejeros jesuseros, esto es, capaces de decir con la más precisa oportunidad un "¡Jesús!", del mismo modo que se designan otros consejeros sin más misión ni quebraderos de cabeza que decir cuando llega el caso "¡Franco, Franco, Franco!"

Por si alguien tuviese la desatención de no creernos, ponemos por testigo a don Luis Ponce de León, que en "Arriba", órgano oficioso de la Falange, escribe unas "Apuntaciones" que toma del natural, como buen apuntista que es. En una de ellas (8 de mayo) afirma que "el consejero jesusero es un personaje de mucha importancia". Y en apoyo de su afirmación nos ofrece este diálogo:

— Ya sé que es usted consejero delegado.

— No, no, soy consejero jesusero, que es mejor.

— ¿Y eso?

— En la Junta, cuando el presidente del Consejo de Administración estornuda, yo digo "¡Jesús!", y me consignan cincuenta mil pesetas más.

Es, en verdad, muy interesante este diálogo que nos ofrece el señor Ponce de León, y que ponemos a la disposición de un cierto autor que está reuniendo materiales para su libro "Los francofalangistas pintados por ellos mismos".

19 de Mayo de 1.955

HUELE A PODRIDO

Sería cosa de discutir si, en efecto, la mediocridad es causa de putrefacción, así como lo dicen unas interesantísimas palabras pronunciadas en Málaga por doña Pilar Primo de Rivera. Lo verdaderamente cierto es que, como en el aire y como en el agua, también en la política bullen muy varios elementos causantes de descomposición o corrupción, que toman a la mediocridad como excipiente en el que se diluyen, o como caldo de cultivo en donde se desarrollan y adquieren máxima vitalidad. Pero si bien es oscura la causa de que las cosas se pudran, en cambio es fácil apreciar cuando se están pudriendo. Generalmente, sólo es cuestión de nariz.

“Algo huele a podrido en Dinamarca”. Así, en una noche cargada de misterio, se dijeron, uno al otro, aquellos dos amigos del desdichado Hamlet. Cosa semejante ha dicho, refiriéndose a España, doña Pilar Primo de Rivera; pero no confidencialmente ni a sólo uno o dos personas, sino a más de doscientas delegadas, a las autoridades provinciales, al público y a los guardias vestidos de gala que llenaban el salón de actos del Ayuntamiento de Málaga con motivo de la sesión inaugural del XVIII Congreso Nacional de la Sección Femenina de la Falange.

Ha sido ello en un discurso en el que trasciende la tristeza de lo que se extingue, expresada con la estoica conformidad senequiana que parecen infundir las tierras andaluzas. También nosotros nos hemos sentido contagiados por esa emoción leyendo las palabras de la Delegada Nacional de la Sección Femenina. “No conseguimos —ha dicho— romper con las losas agobiantes de la vulgaridad y del estancamiento. No han querido o no han sabido comprendernos la mayoría de los españoles...” Así, noble y abiertamente, la Delegada reconoce la incompreensión de esa España que se resiste a seguir siendo engrandecida por el francofalangismo. Pero lo que no nos ha entrado en la cabeza hasta después de leerla tres veces, es esta espantosa declaración:

“Hemos intentado hacer una España más ágil, más limpia, más veraz, más bella, más justa, nacida de aquello tan hermoso que fue la guerra, y la mediocridad nos va pudriendo.”

Sí; después de “aquello tan hermoso que fue la guerra”, hemos venido a dar en esta situación en que “¡la mediocridad nos va pudriendo!” Palabras son éstas que vienen empapadas en el desaliento y en la amargura, y que hasta llevan dentro la carga explosiva de una agresión. A ellas parecè referirse “Arriba” cuando afirma que Piñar “dijo cosas de enorme trascendencia y formidable valentía”. Valientes son, en verdad, esas palabras si se tiene en cuenta a quién están dirigidas. Porque se trata de la querrela entre los falangistas puros y los “mediocres”; entre los puestos en cierto modo al margen y los que actúan acaudillados por Su Excelencia. Lástima es que así estén divididos y enemistados esos falangistas. ¡Con los buenos que son, tanto los unos como los otros! Si hubiéramos de tomar partido en esa pugna, tal vez cayéramos del lado del Caudillo, que, al fin y al cabo, es el hombre providencial. Pero la verdad es que también a nosotros se nos mete el olor por la nariz. Sí, en España, algo huele a podrido. Es el “glorioso Movimiento”.

2 de Febrero de 1.956

LOS BURROS VUELAN

Creer que los burros vuelan era en otros tiempos un colmo de credulidad bobalicona; no creerlo ahora es tanto como ignorar que el viernes, día 6 de abril, un burro voló a Washington en avión desde el aeródromo parisino de Orly. Tan distinguido viajero no podía ser un burro cualquiera; es el regalo que Su Excelencia el Caudillo de España hace al Presidente de los Estados Unidos como expresión viva y rebuznante de su profundo reconocimiento.

Es de notar que el viaje del burro ha precedido en dos días al que con igual destino ha hecho el ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo. Así había de ser para que a su llegada el Presidente pudiera pasarle la mano por el lomo, ya que Eisenhower ha tenido interés en marcharse de Washington justamente un día antes de la llegada del señor Artajo.

Según "Le Monde", de París, que publica la noticia, ese regalo es una intervención del Caudillo en la campaña electoral norteamericana, y aun piensa el periódico que el engrandecedor de España se ha equivocado enviando al Presidente Eisenhower un animal que es precisamente el emblema que tiene por suyo el partido demócrata, su adversario en la contienda. "Le Monde" ignora que el Caudillo no se equivoca y que se trata precisamente —de acuerdo con el Presidente— de vencer a los demócratas en su propio emblema y demostrarles que para buenos burros, ahí están los que proporciona el francofalangismo.

Porque es de notar que "Le Monde" muy entendido en política extranjera y muy cuidadoso en escoger las palabras, le llama a ese especie de embajador extraordinario "borriquito franquista". Así, franquista y no español, lo cual es poner las cosas en su punto. Se sabe, en efecto, que Eisenhower, para tener un animal español, había pedido un toro; pero deseaba un burro que, aunque tuviera las orejas más cortas que el de los demócratas, debía rebuznar mejor; y el señor Foster Dulles, que ha

viajado por todo el mundo, le tiene dicho al Presidente que en ninguna parte se rebuzna como en El Pardo.

12 de Abril de 1.956

MENSAJE PERSONAL

Poco ha faltado para que estos tiempos que vivimos dejasen grabada en la historia de la Diplomacia la imagen de un ministro del Caudillo marchando por las calles de Washington hacia la Casa Blanca y llevando de cabestro a ese afortunado jumento que Su Excelencia ha regalado al Presidente Eisenhower para que éste pueda dar a su nieto grave y prudente cabalgadura.

Rigores no tanto de la etiqueta como de la circulación urbana, han obligado al ministro a delegar la conducción del asno; pero no ha soltado el cabestro. Amarradas con él ha puesto en las propias manos del Presidente la cabezada, la albarda y, en fin, todas las preesas que componen un completo aparejo asnal. Tan histórico momento ha sido perpetuado por "ABC" en la gran fotografía que cubre toda la plana exterior de su número del 19 de abril. En ella el Presidente Eisenhower, mientras engancha dos de las piezas, aparece recibiendo del señor Martín Artajo una docta lección de aparejado de burros.

"Martín Artajo entregó ayer a Eisenhower un mensaje personal del Caudillo." Así encabeza "ABC" la información sobre el acto en la primera de sus páginas informativas. Mensaje de afecto caudillesco y al mismo tiempo, de complicada y artística talabartería española, para cuya explicación y manejo hubo el ministro de hacer gala de docente concisión en la fugaz entrevista que le concedió el Presidente en la precisa y última hora de su estancia en el país.

Bien harán los Estados Unidos —justamente afanosos por ilustrar su historia— guardando para tiempos venideros ese significativo regalo cuando ya haya sido disfrutado por el nieto del Presidente. Seguirán así gloriosos ejemplos. En la casa solariega de Mount Vernon se puede ver una llave de la Bastilla, que el general Lafayette regaló a Jorge Washington como símbolo de cuando en Francia se luchaba por la libertad. En cambio, como muestra de estos tiempos en que el Gobierno norteamericano se emplea tan a fondo contra la libertad del pueblo español, podrá

verse en tiempos venideros en la casa-museo de Eisenhower un aparejo de burro con una inscripción que lo acredite como mensaje de gratitud y recuerdo "personal" del Caudillo. Bueno será conservar tan expresivo testimonio. Los burros pasan y los aparejos quedan.

3 de Mayo de 1956

DE LOS VIAJES

Pasada ya la media noche, por la Radio Nacional de España hemos oído la crónica que, con su propia voz, lanza a las ondas su corresponsal en París. Grande es la indignación de ese señor porque los franceses empiezan ya a preocuparse de las medidas de seguridad que han de tomarse con ocasión de la visita que Bulgarin y Krustchev han de hacer a París en fecha no fijada aún.

El tal corresponsal ha reavivado así las severas críticas que los periódicos españoles han dirigido al Gobierno inglés con motivo de la reciente visita que esos gobernantes soviéticos han hecho a Londres, y de las no menos duras recriminaciones que han lanzado contra el Gobierno francés por la estancia oficial en París del mariscal Tito, jefe del Estado yugoslavo.

El aparato policíaco desplegado para proteger la existencia de esos distinguidos comunistas, y los honores que le han sido tributados, escandalizan al francofalangismo. Tiene éste toda la fuerza moral necesaria para escandalizarse, porque el Caudillo no ha producido hasta ahora molestias semejantes a las causadas por esos señores, yendo, por ejemplo, a sentarse como ellos a la mesa de la reina de Inglaterra o a la del Presidente de la República francesa. Ni siquiera ha ido a tributarle un filiar homenaje al Papa, en tanto que éste recibe afectuosamente a herejotes, como Truman.

Sin embargo, Su Excelencia siente grandes deseos de hacer alguna salida triunfal; pero ni el propio Eisenhower lo admite en su territorio. Es que hasta esos países que al fin y al cabo han podido reunir a los policías suficientes para librar de molestias a los conspicuos comunistas, no se sienten bastante fuertes para garantizar al Caudillo contra el entusiasmo del pueblo.

31 de Mayo de 1.956

GOETHE Y COMPAÑIA

En una página de "ABC" aparecen juntos los retratos de Goethe y de don José Félix de Lequerica. Con plutarquiano paralelismo los ha emparejado en un artículo don Felipe Sassone, el cual parece haber visto en esos personajes dos almas gemelas. No ha sido esto una improvisación, pues desde hace tiempo el señor Lequerica es el admirado y elogiadísimo amigo de Sassone; pero éste se ha afirmado en tal idea oyendo por "radio", en transmisión diferida, un discurso pronunciado por don José Félix en la Asamblea de la Organización de las Naciones Unidas.

En tan señalada ocasión, el delegado del Caudillo en la ONU ha hecho suya aquella maltratada frase de Goethe según la cual el gran poeta prefería cometer una injusticia a tolerar un desorden. Bueno es advertir que la injusticia a la cual se refirió Goethe en aquella ocasión —pues ocasional es la frase— fue la de dejar escapar a un presunto culpable de rapia, contra el cual la multitud amenazaba con un tumultuoso desorden. Fue, pues, una injusticia en beneficio de un culpable y no en daño de un inocente como dan a entender quienes aducen esa frase para cubrir con ella las brutales arbitrariedades del despotismo.

Ignoramos cómo entienda la frase el señor Sassone, aunque suponemos la significación que le ha dado el señor Lequerica. Oyéndosela a éste, Sassone se ha sentido "completamente de acuerdo con él"; no dice con Goethe. Al fin y al cabo — y ya que, en el fondo, para él es lo mismo— vale más estar de acuerdo con Lequerica vivo que con un Goethe muerto. La conformidad con los muertos es como una abstracción que en estos tiempos se llevan los vendavales, y bien lo sabe don Felipe Sassone que ha sentido manifiesta admiración por grandes muertos cuando estuvieron en estado de vivos.

Lo recordamos a él junto a algunos de ellos. Fue hace un poco más de treinta y ocho años, al final de un banquete. Sassone, en pie, sobre un fondo de encortinados ventanales, movía su grácil silueta. Las luces del

gran comedor del Palace-Hotel, de Madrid, relampagueaban fugazmente en su monóculo. Lefía unas adhesiones y pronunciaba palabras de ofrecimiento. A su lado, sentados a la mesa, estaban tres hombres inolvidables: Miguel de Unamuno, Benito Pérez Galdós y Mariano de Cavia. A los tres se les dedicaba el acto, como caracterizados representantes de aquel movimiento de opinión española que, en la primera guerra mundial, se sintió al lado de las democracias en su lucha contra el imperialismo despótico y militarista encarnado en Guillermo II de Alemania. Vencido éste, acababa de ser firmado el armisticio y, con tal motivo, se encontraban en aquel salón varios centenares de hombres unidos por un espíritu liberal y, en general, republicano. Y allí, como más activo y visible organizador del acto, estaba don Felipe Sassone.

Es verdad que, desde entonces, Sassone ha tenido tiempo para cambiar de opinión, y buenas, repetidas y aprovechadas ocasiones para ello le han dado personajes como este señor Lequerica que él empareja con Goethe y que, como calificado representante del Caudillo, significa algo tan diferente y contrario de los hombres de aquel día. Ya suponemos que Sassone recuerda en silencio a aquellos hombres y que hasta reconoce que hay injusticia en renegar su memoria; pero no renegarla sería desorden en la ordenada España del Caudillo. Entre una cosa y otra, Sassone se atiene al pensamiento lequeriquiano; también él prefiere cometer la injusticia a caer en el desorden.

10 de Enero de 1.957

FELIZMENTE PARA EL MUNDO

Los altos encargados de orientar en España la conciencia pública tienen mucho que hacer frente a esas murmuraciones que, a fuerza de subir el tono, de aumentar su agresividad y también —es cierto— de apoyarse en evidentes realidades, adquieren vigor acusatorio ante el pueblo español, el cual se muestra cada vez más irreverente con la bendita persona de su Caudillo.

Natural es que los tales orientadores aprovechen las buenas ocasiones. Ninguna mejor para poner las cosas en su punto que este decimoctavo aniversario de la victoria del Caudillo “sobre las fuerzas del mal”. En él se han tributado a Su Excelencia todas las alabanzas que por derecho le corresponden, más cuantas le han querido añadir los fieles y eminentes colaboradores que él libremente se da. De ellas tomamos dos flores escogidas de entre las muchas no menos brillantes que han engalanado la oratoria del día.

Una, la debemos al señor Solís, nuevo ministro secretario de la Falange, el cual ha dicho para comenzar: “Exactamente, hace dieciocho años, el Ejército Nacional, el Ejército acaudillado por el Generalísimo Franco —el mejor general europeo de su tiempo— ponía fin victoriosamente a la guerra, derrotando al ejército rojo.”

Tiene el señor Solís reputación de prudente, y de tal lo acredita esa discreción con que pone límites a la primacía del Caudillo. Bien sabe el ministro secretario que la superioridad generalicia de Su Excelencia brilla con esplendor de cosa única no sólo entre los valores europeos sino en toda la amplitud del mundo, en espera de que nuevos descubrimientos permitan extenderla a lo extraplanetario. Pero la oportunidad política impone concesiones, aunque sean meramente formales, como ésta de dejar fuera del área de las comparaciones a ciertos personajes, unas veces por razones económicas, como es el caso del general Eisenhower, y otras por motivos de afección, como ocurre con el general Chang-Kai-Chek y con el generalísimo Trujillo, titulado justamente “amigo fraternal” de Franco.

A diferencia del señor Solís, el general Barroso, nuevo ministro del Ejército y viejo amigo del Caudillo, casi parece encontrar al mundo demasiado estrecho para tanta gloria, según se ve por estas palabras pronunciadas en la misma ocasión: "Felizmente para España y para el mundo —¡así, para el mundo!—, al frente de los destinos de nuestra Patria se encuentra Francisco Franco, que con la ayuda de Dios..."

Digamos sin tardar que esa exclamación entre gañones no es una interrupción nuestra, sino una reafirmación admirativa del propio general Barroso. Sí; "felizmente" para el mundo —¡para el mundo!—, ahí está Franco. Sin embargo, el mundo parece ignorar la felicidad que le debe. En todos los países debiera haber altos monumentos con unas inscripciones que dijeran: "Al Caudillo Franco, el mundo agradecido." Pero ocurre, por el contrario, que cuando Su Excelencia pretende darse un paseo por el mundo, ningún país quiere admitirlo. ¡Qué ingratitud! Cuando el Presidente de los Estados Unidos parece acceder a recibirlo, cambia de pronto de parecer. Cuando con la esperanza de una reciprocidad, el Caudillo cree haber obtenido la promesa de una visita del canciller Adenauer, llega de Alemania una seca rectificación de tal propósito. Y así tantos casos más. Sí; hay mucha ingratitud en este mundo en el que "felizmente" —como bien dice el general— se disfruta la providencial y victoriosa influencia del Caudillo. Gracias a éste, en los países del mundo hay industrias que producen todo lo deseable; hay agricultura floreciente, hay magníficos ferrocarriles y carreteras, hay Universidades en donde la libertad de ideas se traduce en un brillante progreso. Gracias a la acción radiante del Caudillo, en esos países los trabajadores están bien pagados, no hay miseria... Sólo en España esas cosas andan todavía muy mal y los ciudadanos trabajadores se sienten infelices entre la miseria y la injusticia. Pero es que a España no le ha llegado aún, como al mundo, ese "felizmente" que dice el general Barroso. Es que a España la ha dejado el Caudillo para después. ¡Ah!, pero cuando le llegue el turno...!

18 de Abril de 1.957

LOS QUE BIEN SE CONOCEN

“Conócete a tí mismo”, es la vieja y prudente máxima que desde el frontón del templo de Delfos advertía a los ciudadanos la conveniencia de mirarse por dentro, de valorar sus posibilidades de acción y, también de darse cuenta de sus incapacidades, y defectos. Pero no sólo sus adentros debe mirar el hombre, sino también los alrededores en donde ha de poner sus pies; por eso hay otras máximas complementarias que aconsejan mirar el terreno que se pisa, conocer por dónde se anda y saber en dónde se está.

Esto último es lo que ha comprendido muy bien un cierto concejal de ese Ayuntamiento de Madrid constituido según las más caracterizadas normas caudillales y al cual el diario “ABC”, en su crónica municipal del 27 de abril, califica, como quien no hace la cosa, de “tropa edilicia que capitanea el conde de Mayalde”.

El tal concejal, apellidado Muñoz Lusarreta, hombre seguramente medidor y ponderativo de las características de esa corporación a que pertenece, asistía el 26 de abril a la sesión municipal plenaria. Muchos eran los asuntos que pasaban sin discusión ante su silencio, entre ellos la aprobación otra vez de un servicio de recogida de basuras que ya se había aprobado hace cuatro meses y con lo cual se resolvía un concurso anunciado hace diecisiete años.

Y he aquí que, de pronto, apareció una proposición de otro concejal interesándose por las al parecer interminables obras del Teatro Real. Cierta es que la República las dejó a punto de terminarse; pero la “Cruzada” triunfante se apresuró a convertir el teatro en un gran depósito de los explosivos que le habían sobrado, y ocurrió que —lo mismo y por iguales causas que al bello Archivo de Alcalá de Henares— una explosión convirtió a aquel templo de la música en una de esas “gloriosas” ruinas que jalonaron en España el triunfo del “glorioso Movimiento”.

El concejal en cuestión hizo ver la conveniencia de que, cuanto antes, ese coliseo dé tono a Madrid con sus óperas y con sus conciertos,

y, reconociendo que se trata de un teatro nacional que escapa a la jurisdicción del Municipio, propuso que éste se dirija al Estado ofreciéndole su cooperación para terminar las obras rápidamente.

“¡No, por Dios!” disparó alarmado el señor Lusarreta, el cual, ya en el uso de la palabra, se expresó aproximadamente así:

—Yo también echo de menos la ópera. Yo también sé cuán bien le va a una capital como la nuestra un buen do de pecho o un andante con moto; pero sé también que si el Ayuntamiento se mezcla en este asunto, las obras del Real se retrasarán más aún, y sólo Dios sabe cuándo se terminarían, si es que se terminasen alguna vez. Ya veo, señores, que mis palabras no son del agrado de vuestras señorías; pero yo os invito a poner las manos sobre el corazón y a responderos honradamente si nuestra corporación es capaz de acelerar alguna cosa.

Los concejales meditaron unos instantes y se miraron unos a otros como diciéndose: “¡Qué razón tiene este hombre!” Y ocurrió entonces que “la tropa edilicia que capitanea el conde de Mayalde” aceptó la tesis del señor Lusarreta y, en bien del pueblo de Madrid y de la buena música, acordó no meterse en las obras del Teatro Real. Estupenda y bien motivada decisión por la cual el caudillal Ayuntamiento de Madrid se acredita de capaz; capaz, sí, de comprender su incapacidad, lo cual es un buen comienzo para tratar de remediarla. Lo primero es conocerse.” *Nosce te ipsum.*”

9 de Mayo de 1.957

FELIZMENTE PARA LOS ESPAÑOLES

Comentábamos no ha mucho unas palabras del ministro del Ejército, general Barroso, el cual, alabando el largo alcance del genio y de la obra providencial del Caudillo, decía que éste se encuentra al frente de los destinos de España “felizmente para el mundo”.

Sin duda el general Barroso es hombre entendido en cuestiones de felicidad, y se preocupa tanto de las causas que la determinan como de las zonas en donde florece. Ahora la ha señalado de manera más concreta que antes. Ya no es esa felicidad difundida en todo el mundo por irradiación caudillesca, sino algo más delimitado y acaso más firme y disfrutable. No se trata ya de un “felizmente para el mundo”, sino de un “felizmente para los españoles”.

En esta ocasión el general ve venir sobre España la felicidad; mas no es que ésta vaya a llegar en seguida. Por lo pronto, los españoles tendrán que seguir aguantando insuficiencias, miserias, opresiones y hasta humanas flaquezas de los encaudillados administradores de la patria, tan justamente ocupados en procurarse un merecido enriquecimiento. Pero bien se puede seguir aguantando todo eso con la esperanza puesta en la felicidad prevista por el general Barroso.

Es de notar a este respecto que no se trata por esta vez de una de esas felicidades de libre disposición de la Providencia, que llegan sin saber por dónde ni por qué. Al contrario, el general se muestra más lógico que providencialista, y considera a esa felicidad como el efecto de una causa que él establece previamente con todo rigor dialéctico. Veamos sus propias palabras, pronunciadas en Zaragoza: “Hoy parece indudable que, en un nuevo conflicto de carácter general, representarán un importante papel los desembarcos aéreos en las retaguardias, las acciones de comandos y guerrillas, e incluso las quintas columnas.”

E inmediatamente después de tan impresionante cuadro, a punto y seguido, el general formula esta esperanzadora conclusión: “Felizmente para los españoles, este tipo de guerra concuerda perfectamente con las características de nuestra raza.”

“Felizmente”, sí, se abre esa perspectiva de un porvenir en el que los españoles harán brillar las cualidades de la raza que, con patriótica fruición, enuncia el general Barroso: la iniciativa, el valor, la astucia, la resistencia física, la sobriedad... ¡Ah, esa sobriedad que el Caudillo se esfuerza por mantener en los españoles no dándoles salarios que les permitan comer bien” Cosa es ésta que a los españoles les disgusta, como también les molestan las prisiones y el hacinamiento en las chabolas; pero un día se darán cuenta del bien que se les hace acostumbrándolos a una existencia dura; a no comer, a sufrir malos tratos y a dormir en el suelo. Lo comprenderán cuando—como prevé el general Barroso—para atacar unas bases se les machaque la retaguardia, es decir, sus campos, sus huertas, sus pueblos, sus casas y sus familias. Entonces, “felizmente para los españoles”, éstos—como también tiene previsto el general—se encontrarán al fin como el pez en el agua y contentos de poder lucir “felizmente” sus facultades, así como lucía las suyas “el Gallo” en aquellas esperadas ocasiones en que “le salía su toro”.

25 de Julio de 1.957

CRONIQUELLA DE UN VIAJE

El Caudillo llegó a Barcelona y se metió en el palacio de Pedralbes. ¿Para qué ha ido el Caudillo a Barcelona? ¿Qué hace el Caudillo en Pedralbes? Ya lo ha dicho en "La Vanguardia" el caudillal biógrafo Galinsoga: lo que el Caudillo hace en Pedralbes, lo mismo que en El Pardo, es estar "en vigilia perpetua", como corresponde a la tarea, que los tiempos le han impuesto, de "centinela del Occidente."

Estando el Caudillo en Pedralbes, de centinela de Occidente, supo las terribles inundaciones de Levante. "Tengo que ir a Valencia", se dijo. Cinco días después el Caudillo salió de Pedralbes vestido con un asombroso uniforme. Sus pomposas insignias de almirantísimo y sus principales condecoraciones estaban posadas no sobre una cerrada levita, sino sobre un abierto frac con entorchadísimas bocamangas. De sus hombros pendía un gran collar; en su blanco chaleco se cruzaba una banda. A su lado, "Su Excelencia la Señora" se engalanaba con un suntuosísimo vestido. ¿A qué meterse en el lodazal con tales preseas?

Pero no; Sus Excelencias no iban todavía a la región valenciana. Iban a la cena de gala, de muchísima gala, que les ofrecía la Diputación de Barcelona en el Palacio Provincial, en el cual, según "ABC" nos dice, "precedidos de maceros de gran gala y criados vestidos a la Federica, portadores de candelabros de plata, el Caudillo y su esposa subieron por la escalera gótica. El portero de banda dio los tres golpes de ritual". Se cenó bien; pero no se ha publicado el menú. Tampoco se ha dicho quién cortó ni quién bendijo el estupefaciente uniforme del Caudillo. Parece que sobre esas cosas los periódicos tuvieron que sujetarse a cierta vergonzante sobriedad informativa. ¿Por qué? ¿Por eso de Valencia? ¡Bah!

Tres noches después, en el palacio de Pedralbes, Su Excelencia correspondió con otra cena de gala a las autoridades. También estaba allí el biógrafo Galinsoga, el que con el título de "Centinela de Occidente" ha enriquecido la prolija onomástica del Caudillo. Al fin se decidió éste

a marchar. Ya hacía diez días que los valencianos lo esperaban para que les quitase las penas con sólo su augusta presencia. Y se las quitó con sólo mostrarse a ellos, que se sintieron satisfechos de que la catástrofe hubiera servido para traerles al Generalísimo. No hay más que oír y leer las informaciones de la radio y de la prensa. Hasta las madres dejaban de buscar los cadáveres de sus hijos y parecían recuperar su alegría para aplaudir al Caudillo, gracias, eso sí, a los ánimos y al ejemplo que les daban los policías allí presentes.

El Caudillo contempló tanta ruina; y, recordando las de la "Cruzada", soñó por un momento que era su propio genio militar el que había producido tan grandiosa devastación. También como entonces, cuando proclamaba el advenimiento de su Imperio, Su Excelencia prometió a los valencianos que él les transformaría sus desgracias en motivos de prosperidad. Y lo aplaudieron. ¿Quiénes? ¿Que más da? Lo aplaudieron.

El Caudillo regresó a El Pardo. Todo estaba como cuando él partió. Sobre la mesa, el libro "Centinela de Occidente" immortalizaba su universal importancia. Sin él ¿qué sería del mundo occidental? Su Excelencia abrió el balcón ante la noche del encinar inmenso, y volvió a soñar. Se sentía grande, muy grande; y aquellos maullidos de los mocinuelos, que se escalonaban a lo lejos, le parecieron voces subordinadas, que, desde El Pardo hasta Escandinavia, le gritaban una tras otra: ¡Sin novedad en el Occidente!

31 de Octubre de 1.957

POR HABERLO DESOIDO

Cuando la Unión Soviética lanzó al espacio el asombro de su "Sputnik", el Caudillo lanzó al mundo la maravilla de su impavidez, mostrándose insorprendido y, como quien dice, al cabo de la calle. Así también, por explicable afinidad, su "periodista de honor", don Juan Pujol, director del diario "Madrid", ha mostrado en un estupendo editorial, con precisión única en el mundo, las causas de esa superioridad técnica con que Rusia ha impresionado la atención universal.

Tres son esas causas, aunque todas ellas pueden resumirse en la primera, sin la cual no se hubieran producido las otras dos. Es esa causa primera la ligereza y hasta la burla con que "aquel malvado que fue el Presidente Roosevelt, en complicidad con el todavía viviente Mr. Churchill" —así se expresa el editorialista— "desoyeron las advertencias que el Jefe de un país al que después se le habían de inferir todos los agravios y todos los daños posibles les hizo públicamente para que no cooperasen al auge militar y político de la Unión Soviética". En efecto, no se hizo caso de aquella memorable carta del Caudillo; y, hasta ocurrió que en las alegrías de la victoria se llegó al reparto de los sabios alemanes especialistas en ciencias físicoquímicas. Verdaderamente, si alguien tenía derecho sobre ellos era el Caudillo, que tan generosamente les había cedido antes España y los españoles para que probasen ellos los efectos destructores y mortíferos de su ciencia. Pero se los repartieron entre Rusia y los occidentales, como el artículo designa a los norteamericanos. Esa es la segunda causa que señala el editorialista, indignado y avergonzado porque mientras los sabios retenidos por Rusia "fueron tratados regíamente, la desconsideración y la grosería con que lo han sido los que cayeron en poder de los occidentales no son para referirlas". Hasta se hizo creer a sus familias que habían muerto.

Sólo a un director como el señor Pujol podría la censura de prensa permitirle que tan duramente tratase a los norteamericanos allí en donde tantos derechos tienen adquiridos. Pero el señor Pujol conoce de cerca el

pensamiento del Caudillo y por eso le llama malvado al difunto Presidente Roosevelt; y nótese que si no se lo llama sino indirectamente al señor Churchill, es por aquello del respeto que se debe a quienes aún están vivos. Bien merecido lo tienen, tanto el norteamericano difunto como el inglés viviente, que tan gran ocasión perdieron para la Historia y que tan trascendental y nefasta irreverencia cometieron desoyendo el requerimiento caudillal. No creyeron en la naturaleza providencial del Caudillo, y menos aquí por culpa de ellos, ante la Providencia ofendida. Ella es la que ha creado esta situación sirviéndose de Rusia e inspirándole sus sensacionales realizaciones. Designio sorprendente, pero es así. Bien lo sabe el señor Pujol, y esa es, según él, la tercera y definitiva causa de lo que ocurre.

Entonces ¿qué hacer? No queda sino seguir el consejo que da Pujol a... los occidentales, a los cuales les dice que acepten "esta terrible lección con humildad. Porque —y así acaba el artículo— la Unión Soviética es sólo el instrumento, y el que da la lección es Aquel que a menudo gusta de abatir a los soberbios."

Acreditada así la Unión Soviética como instrumento de "Aquel", se comprenden ahora mejor esos cambios que con respecto a ella se aprecian en la política del Caudillo. Y como son inexcusables los designios divinos, no pretendemos comprender por qué la Providencia no ha escogido como instrumento al propio y ofendido Caudillo, aunque pensamos que tal vez lo escogerá para vengar por sí mismo el otro agravio que se le prepara con motivo de la reunión en París del Consejo del Tratado del Atlántico. A él asistirá hasta quien ocupa el mismo lugar de aquel "malvado" Presidente que desdefió al Caudillo. Y, sin embargo, otra vez se va a desdefiar a Su Excelencia, no escuchando siquiera su providencial opinión. ¡Que temeridad!

28 de Noviembre de 1.957

PERDON INOLVIDANTE

El vicesecretario general del "Movimiento" ha remontado su jerarquía hasta las alturas del castillo de la Mota. Desde allí, asistido por cinco gobernadores, un alcalde, un general —notemos la ausencia del obispo— y otros nobles personajes, ha lanzado un discurso muy útil para todos los españoles y singularmente par aquellos que ya sientan caer de sus ojos la venda que les impedía ver ese prometido engrandecimiento de España que aún no se ha hecho, pero que el "glorioso Movimiento" hará cuando menos se piense.

"Triste es —ha dicho el vicesecretario— que el Movimiento, en su aspecto bélico o de lucha, fuese una guerra entre españoles y hubiesen de caer de un lado y del otro un largo millón de hermanos nuestros. Sin embargo, fue una guerra iniciada bajo el signo ambicioso de salvar a todos, a unos y a otros, a los de enfrente y a los de nuestro lado."

Y lo consiguió. ¡Vaya si nos salvó a todos! Hasta a los de ese largo millón. Pero ¿cómo pudo realizarse tan hermosa obra? El orador nos lo dice seguidamente: "No hubo más remedio que vencer con el desagradable argumento de los fusiles y de los cañones." Es que no hay cosa como tener argumentos, aunque éstos sean desagradables, como con excesiva delicadeza los califica el señor Jiménez Millas.

Y he aquí que este señor, prosiguiendo su discurso, ha hablado de perdón y de olvido. No vaya a creerse que los ha pedido para él y para los suyos por lo desagradable de los argumentos ni por los errores cuya existencia admite. "Vamos a rectificar en lo necesario", ha dicho; y con eso basta. A quienes el vicesecretario ofrece el perdón es a esos desengañados y arrepentidos españoles que quieren entrar en el "Movimiento" cuya puerta —según el señor Jiménez— está guardada por unos arcángeles con espada, que tienen la consigna de dejarlos pasar.

Pasarán y serán perdonados; pero mucha atención a la advertencia del vicesecretario: "No tenemos más remedio que no olvidar." Confórmense, pues, los arrepentidos con el perdón y con una nota al margen que

recuerde la inolvidable resistencia que hicieron a los salvadores. No pretendan de buenas a primeras obtener como tantos otros movimientistas alguno de esos innumerables cargos con que se ha engrandecido la burocracia de España. No quieran ser directores, subdirectores o vicesubdirectores. No soliciten presidencias, vicepresidencias o subvicepresidencias. No se les ocurra pedir alguna de esas incontables plazas políticas, administrativas y sindicales de jefes, subjefes, vicesubjefes o infravicesubjefes. No cuenten, en fin, con alcanzar esas negociables licencias de importación o de obtención de coches, que son premio y delicia de tantos servidores de la patria, impuestos por quienes tienen en su mano "el desagradable argumento de los fusiles y de los cañones".

Pero no desesperen, y hagan méritos para reducir la inolvidante severidad de ese vicesecretario. Si es que no prefieren echarle una maldición gitana: "¡Obligao te vea a pedir que te olvíen!"

23 de Nero de 1.958

UN EPISODIO DEL "GLORIOSO"

En el diario falangista "Arriba" y en el aniversario del "glorioso alzamiento", el almirante don Salvador Moreno, ex-ministro del Caudillo, cuenta cómo en aquella ocasión memorable salió de El Ferrol al mando del crucero "Almirante Cervera", para sumarse a la sublevación militar.

Iba entre el "despiste de una dotación improvisada" que ni siquiera sabía que la llevaban a luchar contra la República. Llegó a pasar junto a barquitos de pesca cuyos tripulantes, creyéndolo leal, saludaban con el puño en alto. "Por un momento—dice el almirante— pienso en echarlos a pique a todos, pero no vale la pena ni me conviene perder tiempo; si acaso, a la vuelta."

Don Salvador se aguanta, pues, las ganas de echar pesqueros a pique. Es esa una prudencia que lo acompaña desde la salida del puerto. "No observo—dice recordando la ocasión— anomalía alguna; temo, sin embargo, que se produzca en cualquier momento." Y como lo teme, ha adoptado interesantes precauciones; ¿Cómo? "Por cierto—relata— arbolando la bandera "republicana" en el palo mayor; ¡Sarcasmos de la vida! ¡Cuán de buena gana se hubiera arrancado la vergonzosa franja morada!" Pero no la arranca. Una vez más, el almirante se aguanta las ganas y, frente a la franja vergonzosa, mantiene algo así como un heroísmo taimado y vergonzante, aunque heroísmo al fin. Y es la verdad que tal conducta nos desconcierta un poco. Creíamos nosotros que las banderas —y los sublevados tenían la suya— son precisamente para ostentarlas abierta y francamente en las ocasiones de guerra, para enardecimiento del valor que se ponga en la defensa del honor simbolizado por ellas.

En esa misma ignorancia nuestra parece incurrir precisamente el editorial del mismo número de "Arriba", en el que se dice dos veces que la sublevación se hizo "alzando una bandera", con lo cual no parece referirse a aquella tricolor que mantuvo en su palo el almirante. Por cierto que el tal editorial termina así:

“Mientras el mundo busca su camino, y parece que no lo encuentra, nosotros marchamos firmemente hacia la meta anunciada. Sabemos que con esfuerzo, disciplina y decisión llegaremos a donde deseábamos llegar, consciente e intuitivamente, en aquel 18 de julio de 1.936.”

Pero ¿cuál es esa meta anunciada? Ya lo dijo el Caudillo desde el principio: El régimen va “por el Imperio hacia Dios”. Ciertamente es que en estos veintidós años no ha llegado todavía, y ello debe ser por dificultades de navegación. Acaso en el divino puerto de llegada no se fían de la bandera que lleva, sabiendo cómo las gastan los almirantes del Caudillo.

24 de Julio de 1.958

LOS MINISTROS QUE VAN

Pocas veces los representantes españoles son aceptados en las reuniones internacionales; pero cuando se aceptan, son otras tantas ocasiones que aprovecha el Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos para tomar venganza del humillante apartamiento en que se le tiene. Lo hace de manera aparentemente mansa, pero en verdad terrible, enviando alguno de esos ministros criados por él, para que, de buenas a primeras tome la palabra en la reunión correspondientes y produzca el asombro y el desconcierto de la docta concurrencia con su saber, con sus razones y con su acometividad.

Cierto es que para enterarse de tan honrosos acontecimientos hay que leer necesariamente los periódicos españoles, pues sólo en ellos se relatan y adjetivan esos triunfos nacionales con la amplitud que les corresponde, frente al falaz y envidioso silencio de los periódicos de todos los demás países.

Así ocurrió hace cosa de un mes cuando el ministro caudillal de Agricultura —llamado don Cirilo Cánovas— concurrió en París a la reunión convocada para cuestiones agrícolas por la Organización Europea de Cooperación Económica. Dijo entonces la prensa nacional que la intervención del ministro produjo gran impresión en los reunidos. Tal vez para mostrarles los importantísimos progresos que en España ha hecho la agricultura bajo el régimen del Caudillo, les hablaría de cómo en ella se importa del extranjero el aceite, los garbanzos, los huevos y tantos otros productos agrícolas y ganaderos. El caso es que "ABC" —así como los demás periódicos— le dedicó un editorial en el que sólo para empezar los elogios decía que, en esa importante reunión, don Cirilo había "planteado el nudo del problema", había "puesto el dedo en la llaga", había dicho "las verdades del barquero" y había "cogido al toro por los cuernos".

Imagínese cuál sería ante todas esas cosas la rendida y admirativa estupefacción de los ministros y demás delegados allí reunidos; pero

todos se callaron como unos zorros, y ni siquiera sus periódicos dijeron una palabra sobre el caso.

Cosa igual ha ocurrido ahora, también en París, con motivo de la celebración de la Conferencia General de la UNESCO. ¿Cuestiones de educación, de ciencia, de cultura y de derechos humanos? Pues ahí estaba como pintiparado el "glorioso Movimiento", cuya brillante historia en esas materias comenzó cuando, nada más llegar al Poder, reemplazó a los maestros por sargentos. Y allá ha ido la delegación, presidida por el ministro de Educación Nacional, que se llama don Jesús Rubio. Del discurso de éste nada tenemos que decir, habiéndolo ya dicho los radiolocutores y los periódicos de España, que señalan la falta que estaba haciendo. "El ministro español —dice "YA"— leyó sin énfasis, clara y entonadamente, su discurso durante algo más de un cuarto de hora, corrigiendo espontánea y naturalmente el texto preparado para subrayar mejor ciertas frases."

Después de esa clara y castellana entonación y de una tal espontaneidad correctora, se comprende que hayan aplaudido al señor Rubio mientras descendía de la Tribuna. Bien, muy bien —según los solos periódicos españoles—, ha quedado el ministro caudillal ante esos cultos países que tienen tantas y tan admirables instituciones. Pero ¿qué habrá hecho entre ellos don Jesús?

Pues... don Jesús no les habrá llevado educación, ni ciencia ni cultura; pero habrá hecho lo mismo que don Cirilo; poner el dedo en la llaga, decir las verdades del barquero y coger al toro por los cuernos. ¿Qué más se le podía pedir?

20 de Noviembre de 1.958

UN CHEQUE EN PROPIA MANO

Se estaba en la inauguración por el Caudillo del reactor atómico experimental de la Moncloa. El general ministro de Industria había presentado la instalación, lograda “gracias a la meritoria labor de sus presidentes y consejeros, y del magnífico equipo de científicos y de técnicos a su servicio”; gracias sobre todo a la alta inspiración de Su Excelencia.

“En España —añadió con legítimo orgullo—, los estudios e investigaciones sobre energía nuclear se han orientado, desde el principio, hacia sus aplicaciones pacíficas. También en los demás países se concede, de día en día, mayor atención a la producción de energía eléctrica de origen nuclear.”

Sí; “también” en los demás países. No se ha quedado sola España conducida por el Caudillo en esas investigaciones. Sobre éstas se extendió, hasta extinguirse, la oratoria del ministro.

Ya se habían recorrido las instalaciones y, como último punto del programa oficial, se estaba en la copa de vino. Pero...¿quién era aquel señor alto que entraba corriendo y con un papel en la mano? Era el señor Lodge, embajador de los estados Unidos, que venía de su país y que, saltando del avión, llegaba a tiempo de entregar personal y ostensiblemente al Caudillo un cheque de 350.000 dólares que aquel Gobierno le enviaba para gastillos nucleares.

Fue aquello trastornar el programa inaugurativo que estaba a punto de terminar. Y no sólo porque hubo que poner vino al embajador, sino porque el ministro de Industria se encontró en el caso de pronunciar otro discurso. Y como en el primero no había dicho ni una palabra sobre los Estados Unidos ni sobre la procedencia norteamericana del reactor y de los técnicos que habían venido a montarlo y a ponerlo en marcha, tuvo ahora que dar las gracias al embajador por el reactor todo entero, aunque su importe —como el de los altos hornos de Avilés— queda inscrito en la gran Deuda española.

“Agradecemos —dijo— muy sinceramente, señor embajador, esta nueva muestra de amistad y buena voluntad hacia España de los Estados Unidos, que es el reactor atómico que Su Excelencia el Jefe del Estado nos ha hecho el honor de inaugurar.”

Y, como dicen los periódicos, “el Caudillo estrechó la mano a Mr. Lodge, expresándole, asimismo, su gratitud”.

Se la expresó, sí. ¿Qué otra cosa podía hacer Su Excelencia? Pero no pudo parecerle bien que, no estando invitado el Cuerpo diplomático, se presentase así aquel hombre con el cheque en la mano y como pidiendo que se hiciera constar aquello que el ministro no había considerado pertinente decir.

Buena carrera le costó al señor Lodge conseguirlo, y satisfecho quedó por ello. Ciertamente es que hubo de quebrantar el caudillal protocolo; pero así como se dice que cada cual tiene su manera de matar pulgas, ocurre también que cada embajador tiene su manera de entregar cheques.

4 de Diciembre de 1.958

YA SE DUDA LO INDUDABLE

Condesa del Castillo de la Mota. He aquí un perfecto endecasílabo como para comenzar un soneto y ganar con él alguno de esos premios literarios que se adjudican a quienes bien alaban al glorioso Movimiento. No hay cuidado de que nosotros lo escribamos; pero, en todo caso, no habría en él la menor irreverencia para ese título nobiliario con el que doña Pilar Primo de Rivera ingresa en la aristocracia caudillal. Una incurable vocación de galantería nos inclina mucho más a sumar homenajes a las damas que a desdorar los honores que les ofrezca otro, aunque ese otro sea el mismísimo Caudillo. Lo que éste les dé, San Pedro se lo bendiga.

Si hacemos mención del caso no es por el caso en sí mismo, sino por la extraña felicitación que, en nombre de la Falange, ha dirigido a la nueva condesa el vicesecretario general del Movimiento, don Alfredo Jiménez Millas, presidiendo el Consejo Nacional de la Sección Femenina de la Falange en la sala capitular del Monasterio de Santa Cruz del Valle de los Caídos, después de una misa oficiada por el abad mitrado. En tan impresionantes circunstancias, el señor Jiménez ha dedicado a las mujeres falangistas grandes alabanzas, sobre todo porque actúan sin preocuparse de críticas ni de murmuraciones. Y, a continuación, desde—no se olvide—su alta representación de la Falange, ha pronunciado estas graves y aun gravísimas palabras:

“Vosotras habéis logrado algo tan difícil como el estar persuadidas de que os encontraréis en la verdadera línea de actuación. Los hombres, en cambio, a veces dudamos y nos asaltan los temores sobre si estaremos en lo cierto”.

¿Habremos leído bien? Sí; ahí están claramente impresas en “ABC” esas desalentadas palabras de un hombre atormentado por la duda. Pero la duda que está bien para la filosofía cartesiana, no cabe en el providencialismo caudillal. Dentro de éste se está siempre en lo cierto, pues lo cierto es siempre lo que diga el Caudillo. Es una cuestión de fe,

y la fe no se pierde a medias, sino toda entera. Ese es el caso del señor Jiménez, que quizás ha sufrido una punzadora crisis de conciencia ante el osario del Valle de los Caídos, preguntándose él también: ¿Para qué?

Siendo así, parece absurdo que ese señor continúe ocupando su puesto como si, en medio de esta crisis de los hombres de la Falange, el Movimiento no tuviera Galinsogas impermeables a cualesquiera dudas. No se puede estar en el cargo que ahora ocupa el señor Jiménez Millas sintiéndose asaltado por esos temores sobre si se está en lo cierto. No hay dudas con lo indudable; y como en la Falange no se duda, esperemos que la máxima autoridad del ministro-secretario ponga término a esta dubitativa situación, disponiendo que no se puede ser vicesecretario del Movimiento nacional cuando no se sirva a éste con la vicemáxima seguridad.

21 de Enero de 1960

QUEDE ATRAS LO CIVIL

El ministro caudilla del Ejército, general Barroso, ofreciendo en Madrid una cena a los ministros portugueses de la Defensa y del Ejército, les ha dicho para calmarles ciertas preocupaciones: "Podéis confiar en que, si llega el caso, los ejércitos de España sabrán poner su denodado esfuerzo en la defensa del suelo peninsular."

Bien se comprende que donde se dice suelo, se quiere decir régimen del país vecino. Defenderlo con las armas en la mano es lo menos que se puede ofrecer a quien, en la medida de sus fuerzas, contribuyó al éxito del glorioso alzamiento "nacional" al mismo tiempo que Hitler, Mussolini, los marroquíes y los legionarios.

Correspondiendo al ofrecimiento, el ministro portugués de la Defensa, general Botelho, se ha mostrado en su discurso justamente orgulloso de la obra realizada en los dos países hermanos por sus respectivos regímenes militares; y afrontando valientemente cuantas ignoradas situaciones tenga reservadas el porvenir, ha dicho que "todo se salvará mientras dure el eterno honor militar".

Mal le va a lo eterno el concepto de duración; pero, prescindiendo de sutilezas, oigan y mediten esas palabras los españoles que componen la morralla civil. Y, como no se admite réplica, déjense al fin convencer de que sólo en las academias militares se adquiere la omnisciencia política y el doctorado del honor. De ellas, pues, han de salir los estadistas. Dedíquense los medios a sus enfermos y los zapateros a sus zapatos; pero, si no se les llama para servicio, nada de ocuparse de los asuntos del Estado. Si éstos les interesaban ¿por qué no se hicieron militares? Algunos no habrán podido; más los hay que libre y gustosamente prefirieron una profesión civil. Si ésta fue, por ejemplo, la ingeniería, ejerzanla en buena hora; pero aténganse a las consecuencias y tengan conciencia de su civil inferioridad. Bello será saber estudiar y calcular una estructura; pero ¡es tan hermoso tener honor!

12 de Mayo de 1.960

REVOLUCIONARIO EN EUROPA

Estaba haciendo falta que el Caudillo, con su presencia y con palabras propias, pusiera las cosas en su punto y restableciera principios que últimamente habían quedado vacilantes por obra de ciertos subordinados suyos. Eso es lo que ha hecho Su Excelencia, presentándose a clausurar con un discurso su Segundo Congreso Sindical.

¿Quién había dicho que España no está preparada todavía para elevar su productividad hacia el nivel de la productividad europea? ¿Quién había llegado a decir que necesitamos pedir ayuda a los de afuera; que “nosotros solos no llegamos”; que “no llegamos a todo lo que necesitamos llegar para incorporarnos a Europa, para llegar a un nivel de vida que sea comparable al de los europeos”?

Lo había dicho, siete días antes, en Bilbao, el ministro Ullastres, que goza fama de enterado. Y el Caudillo, apenas comenzado su discurso, ha lanzado esta indirecta como una réplica: “Estamos haciendo una revolución; una revolución en España y, sin duda, una revolución en Europa.”

Los grandes aplausos que han seguido a estas palabras de Su Excelencia habrán sonado muy amargamente en el ánimo del señor Ullastres, allí presente, pero él tiene la culpa por su ligereza. No se puede presentar una España subdesarrollada, incapaz de llegar por sí sola, pidiendo protección a una Europa de alto nivel de vida, cuando lo que ocurre es que España es la posición próspera y dominante desde el cual el genio militar y político del Caudillo realiza la revolución de Europa, abriéndole amplias perspectivas episcopogeneralicias. Entre esas dos opiniones contradictorias, perdónenos el señor Ullastres que nos quedemos con la del Caudillo.

Lo mismo nos ocurre puestos a escoger, entre el Caudillo y el ministro Solís. Sentado éste a la diestra del revolucionario de Europa, le había precedido en el uso de la palabra; y terminó su discurso muy reverenciosamente, pero con tan corta visión de la espléndida realidad,

que no se le ocurrió sino decir a Su Excelencia: "Bajo vuestra capitanía, España se colocará, con el esfuerzo de todos los españoles, a la altura de cualquier país del mundo."

Eso es todo lo que se le ocurre al señor Solís: que España, desde una supuesta inferioridad llegue a colocarse sencillamente a la altura de cualquier país. Pero ese ministro ¿conoce verdaderamente al Caudillo? Y he aquí que éste, seguidamente y como para dejar a Solís pegado a su asiento, ha terminado su discurso con estas gallardísimas palabras: "Nos hemos desfasado con los otros pueblos porque vamos mucho más adelantados, en la seguridad de que ellos vendrán mañana por nuestro camino."

Prepárense, pues, los otros pueblos para esa carrera de mañana. Sigán el penacho del Caudillo, y quien se quede atrás, ¡que arree!

22 de Marzo de 1.962

EL REQUERIR DE AQUEL TRANCE

“La Vanguardia Española”, de Barcelona, ha celebrado el primero de abril, día de la Victoria, cubriéndose con un gran retrato del Caudillo y publicando un estupendo editorial afirmativo de que “aquello” no fue cosa militar. “La ignorancia de esta radical verdad—dice—ha engendrado en la política europea de los últimos años consecuencias de alcance excepcional.”

Sí; son consecuencias molestas que se manifiestan cada vez que España pretende integrarse en alguna institución europea, como ahora en el Mercado Común. Entonces surgen los viejos resabios democráticos recusando a España por estar regida fraudulentamente por un pronunciamiento militar. Hay que reconocer que el régimen no ha puesto antes de ahora suficiente interés en negar tal cosa. Por el contrario, ha llegado hasta dejar publicar en libros propios que el alzamiento militar se preparó tan de espaldas al pueblo y tan contra éste, que el general Barrera fue a Roma para obtener previamente la cuantiosa ayuda de Mussolini, y que el general Sanjurjo estuvo en Berlín para entenderse análogamente con Hitler.

Esa fue la verdad de ayer; sin embargo, las cosas de ayer—ni siquiera las verdades—no son las de hoy. Por eso conviene informar al mundo de modo diferente. Pero ¿es que el alzamiento no fue militar? No y sí; o, quizás mejor dicho, sí y no. Esto o aquello es lo que, con lógica para buenos entendedores, explica el editorial. Según éste, el Ejército nacional no se alzó contra el poder constituido; lo que ocurrió fue que “puso al pueblo español, muy justificadamente, en el trance de que le requiriera con reiteración”. Y no solamente lo puso “en el trance”, sino que, como sigue diciendo el editorial, “el Ejército nacional exigió del patriotismo español una declaración tácita de que las Armas no representaban a una clase, ni a una casta, sino que, por designio de la Historia, eran la encarnación popular más profunda de nuestro país”.

Naturalmente, como la exigida y complicada declaración había de ser tácita, es decir, callada y no expresada, el Ejército, con perfectísimo

y armado derecho, la dio por tan obtenida como el requerimiento; y entonces, requerido "en trance" y con promesa "tácita", el Ejército — según el periódico— dijo: "¡Aquí estoy!"

Y ahí está. Tal es el caso, claramente expuesto por el periódico de don Manuel Aznar. Después de esa explicación ¿quién será capaz de sostener que el régimen del Caudillo es militar y no popular? Claro está que es el Ejército quien ejerce el Poder, pero lo hace por delegación de un pueblo puesto en trance de requerirlo. Así lo muestra el editorial de "La Vanguardia". Cierto es que la explicación del señor Aznar está hecha para buenos entendedores. Nosotros la comprendemos perfectamente; pero hay quienes, para llegar a comprenderla bien, necesitarían —sobre todo si llevan la paga encima— que alguien les saliera al encuentro y, pistola en mano, les dijera: "¡Requírame usted!"

12 de Abril de 1962

MITAD Y MITAD

“¡España una!”, grita ritualmente el Caudillo con sus coros, al final de las solemnidades falangistas. ¿Una? Pues oigamos estos que don Alberto Ullastres, ministro caudillal de Comercio, ha dicho en su discurso inaugurante de la Feria de Bilbao: “Hay varias Españas”. ¿Varias? Sí; pero el ministro, como asustado por sus propias palabras y pensando temerosamente en el Caudillo, ha dicho seguidamente: “Para simplificar, yo aquí diría que hay dos” ¿Dos? Bueno, pero dos, al fin y al cabo es el doble de lo que dice Su Excelencia. Por eso, don Alberto como quien no hace la cosa, ha llegado a referirse a España en singular.

España. Pero ¿qué es España? Lo ha dicho el ministro aunque empleando una forma negativa: “España no es un país desarrollado”. ¡Repámpano! ¿Que España, tras cinco lustros de dirección caudillal, no es un país desarrollado, ultradesenvuelto y superengrandecido? ¡Pero si el propio Caudillo ha dicho muchas veces que se ha adelantado en veinte años a los demás países civilizados! Entonces, si España no es un país desarrollado, será... ¡Alto ahí! El señor Ullastres ataja nuestro pensamiento, diciendo a continuación: “Pero tampoco somos un país subdesarrollado”. Y mientras nos rascamos la cabeza en señal de perplejidad, el ministro nos clava en el alma esta conclusión: “Nosotros nos encontramos en un país — y de aquí la complejidad de nuestro problema — que es medio desarrollado y medio subdesarrollado”.

He ahí el autorizadísimo dictamen del señor Ullastres sobre lo que es esa España que ha forjado su régimen. ¿No está claro? Pues es algo comparable a lo que les ocurre a esos que son medio listos y medio tontos, o a esos otros que son medio decentes y medio bandidos. Es una España que el Caudillo destinaba a ser Imperio, pero que la ha dejado en algo así como el café con leche, que no es leche ni es café. Una España mitad y mitad. ¡Arriba las dos mitades!

30 de Agosto de 1.962

A PAPELETA, BAYONETA

Sabido es que cuando el Caudillo llega a una población, lo primero es que un personaje local le enganche en el pecho una hermosa medalla de oro con brillantes. Si, como es seguro, se le puso ya en Pasada ocasión la medalla de oro de la Ciudad, se le cuelga ahora la de la Providencia; si como es casi seguro, le pusieron ya anteriormente la una y la otra, se hace lo que se ha hecho ahora en León: se le cuelgan juntas otras dos, calificándolas de "Especiales".

Esto ocurrió en León por la tarde, pero por la mañana ya había recibido el Caudillo en su laureado pecho otra medalla de la Providencia, que le colgaron en Palencia. Buena debió ser, según se adivina en el brío que puso Su Excelencia en el discurso subsiguiente. ¡Qué discurso! No es que dijera cosas nuevas, pues en las ideas providenciales no puede haber gran variación; pero tal vez no había puesto nunca tanto vigor y tanta claridad en definir la alta idea que tiene de la democracia y de su propia condición de primer demócrata del mundo.

Allí, en la plaza estaban reunidas las representaciones que le habían traído de los pueblos. El Caudillo les dijo: "Este diálogo grandioso, este diálogo eficaz, esta discusión en consejo abierto, es la expresión más clara y más firme de una democracia."

¿Diálogo? ¿Discusión? Sí; a cada frase del Caudillo con su aprendido sonsonete, gritaban: "Franco, Franco, Franco!" ¿Qué más tenían que decir para que aquello fuera un diálogo en consejo abierto? Satisfecho por ello, el Caudillo se arrancó del corazón estas gallardísimas palabras:

"Yo desafío a que nos presenten un país tan sólo en el mundo que pueda ofrecer una muestra más clara, más firme y más leal de democracia."

Así lo dijo el Caudillo. Y con la boca ya caliente, Su Excelencia se refirió una vez más al gran adelanto que lleva sobre esos países europeos que lo difaman tachándolo de dictador, y que se tienen

falsamente por democracias porque en ellos se conquista el Poder por medio de elecciones. ¿Papeletas electorales? ¡Bah! Y el Caudillo, en una magnífica exaltación de su repugnancia por las elecciones, pronunció estas palabras dignas de ser grabadas en una lápida:

“Nosotros demostramos que este régimen que hoy tenemos no lo hemos conquistado hipócritamente con unas papeletas; lo hemos conquistado a punta de bayoneta.”

He ahí cómo el Caudillo —y no le hace falta demostrarlo— conquistó su régimen, el más democrático del mundo. No lo conquistó electoralmente, que ello sería una hipocresía en un hombre como él, sino con la bayoneta.

Santa y caudillesca bayoneta, pinchadora de malos españoles que con papeleta conquistaron su República. Con esa bayoneta gobernará el Caudillo mientras Dios le conserve la punta. Si alguien cree que eso no es democracia, échese a un lado para que no lo ensarten. Y piense que la democracia del Caudillo no es la electiva, sino la verdadera, la que él ha descubierto; la que tiene por principio: “No pretendas con la papeleta lo que puedas tomar con la bayoneta.”

27 de Septiembre de 1.962

ESOS TRENES QUE PASAN...

Desde el periódico "La Voz de España", el articulista José de Arteche mira pasar hacia la próxima frontera trenes y más trenes repletos de extraños viajeros. Van éstos "arracimados en las ventanillas, aparecen mal arropados, endurecido el enjuto y tostado rostro, que visiblemente embarga una agobiadora preocupación".

Viéndolos así, el señor Arteche, con una sagacidad que Dios le conserve, comprende que no son turistas. Si lo fueran —dice él— nada le importarían; pero ¿qué son? Aquí viene el segundo golpe de sagacidad. El articulista se da cuenta de que "se trata de obreros españoles que marchan a trabajar a Europa". Y si marchan a trabajar a Europa es que no están en ella, en lo cual el señor Arteche coincide con quienes, como él, piensan que España está descuropeizada. Pero, con tal motivo, el referido señor se hace unas interesantes preguntas y unas no menos interesantes reflexiones:

"¿Por qué se marchan esos hombres? Se van porque no pueden vivir. Muchos son de edad madura. ¡Qué difícil el rehacer la vida a su edad, sobre todo en un país desconocido! Esta gente buena y austera no es mucho lo que pide, pero ¿tan difícil es poder ofrecerles eso poco que piden? ¿No es un doloroso contrasentido la fundación de escuelas laborales para que luego la mano de obra, lo único que en realidad tenemos, nos la quiten?"

¿Que nos quitan la mano de obra, es decir, lo único que en realidad tenemos? Ahí es donde le falta la sagacidad al señor Arteche. Este señor no se ha dado cuenta de que esa mano de obra la exporta gustoso el propio Gobierno caudillal. Ciento diez mil trabajadores ha exportado en el pasado año, y lo que siente es que otros doscientos mil han emigrado por su cuenta, privándolo así de la utilidad correspondiente. A medida que disminuye la exportación agrícola, aumenta esa exportación humana, con la ventaja de que ésta, después de efectuada, sigue produciendo como una vaca lechera. En un solo año los ausentes han enviado a sus familias

ciento trece millones de pesetas, después de dejar al Gobierno las utilidades correspondientes, por contarse originariamente los envíos en moneda extranjera.

Claro es que se atrasa la agricultura, la industria y la auténtica riqueza nacional. Ciertamente es que con eso se deshace la vida familiar de muchos hogares en donde los hijos se crían sin padre; pero en cambio hay otras familias que gracias a eso se regocijan: las de esa cuadrilla de bigardos sobredorados que se benefician con la brillante promoción de altos empleos que el Caudillo dispone en todos los Consejos de Ministros.

Sin embargo el señor Arteche no parece satisfecho; y refiriéndose a las naciones a donde van esos trabajadores, dice que una de ellas, según hace constar en la portada de un folleto, es un país "donde hay pocos que tienen demasiado y menos que carecen de todo". Sí; es lo contrario de lo que ocurre en España; pero no queramos imitar al extranjero. Bien dice el Caudillo que a España hay que conservar sus características propias.

15 de Noviembre de 1962

CACHALOTE Y CIMARRON

En una misma página, separadas por sólo la anchura de una columna para su mejor comparación, el diario "Ya" publica dos interesantes noticias. Se refiere la primera al Caudillo que, como en años anteriores, pasa sus vacaciones pescando en el Cantábrico; la segunda está dedicada al rey Balduino de Bélgica que, también como en años pasados, veranea en la costa española y pesca por aquellas mismas aguas con sujeción a advertencia de su Gobierno de que no debe encontrarse con la antidemocrática Excelencia del Caudillo.

Es muy natural que éste se sienta molesto al soportar tan expresivo desaire en sus propios dominios, y es igualmente muy explicable esa especie de guerra fría con que se afana por humillar al pescador real, precisamente en las lides pesqueras. Ya ocurrió el año pasado que, después de lanzar a la admiración del mundo una de sus buenas pescas, hizo publicar por la agencia oficial de información una seca noticia diciendo que el rey Balduino después de afanarse todo el día, había vuelto a tierra sin pescar absolutamente nada. Algo parecido ocurre ahora con esas dos noticias.

La primera de ellas —publicada también en la prensa extranjera— se desarrolla bajo estos titulares: "El Jefe del Estado captura un cachalote de 40 toneladas". La segunda noticia está encabezada así: "El rey Balduino captura un cimarrón de 49 kilos".

Salta inmediatamente a la vista el contraste entre la cetácea calidad del cachalote y la más modesta de un cimarrón que ni siquiera llega a ser atún. Hay, pues, a favor del Caudillo una superioridad específica.

Teniendo en cuenta que el cachalote ha medido catorce metros de punta a punta, es indudable que el Caudillo ha ganado la superioridad longitudinal.

Viene enseguida la idea de peso. Cuarenta toneladas de cachalote contra cuarenta y nueve kilos de cimarrón. La posición del Caudillo es aplastante. Superioridad ponderal.

La comparación de las noticias da aún más de sí. Y es que mientras la referente al Caudillo aparece en letras negritas, la dedicada al rey Balduino está compuesta en tipo corriente. Beneficia, pues, al Caudillo otra superioridad: Superioridad tipográfica.

Agréguese a esto que mientras Balduino ha regresado al puerto de Guetaria con su nada más que cimarrón, y acompañado solamente por unos amigos particulares, el Caudillo, asistido por sus ministros de Marina y del Ejército, ha bajado a tierra en el puerto de Bermeo para contemplar triunfadoramente y en seco su cachalote, remolcado no por su propio yate, el "Azor", sino por otro barco de la marina nacional.

Ante tantas superioridades y vista la punzadora intención del Caudillo, se comprende que el rey Balduino, picado en su amor propio, haya dicho sobre poco más o menos:

—Si yo tuviera para mi propio uso un barco como el "Azor", mandado nada menos que por un almirante, y si la marina de guerra belga se pusiera al servicio de mis vacaciones pesqueras, también a mí me pondrían los cachalotes como se los ponen al Caudillo.

Tiene razón Balduino. Eso de los cachalotes de Su Excelencia parece ser la edición actual de cómo le ponían las carambolas a Fernando séptimo. Y conste que este tenía más parecidos con el Caudillo que las carambolas con los cachalotes.

29 de Agosto de 1.963

EL UNO Y EL OTRO ALCALDE

Desde que, ha una docena de años, en un lugar de la costa cantábrica se proclamó al Caudillo Alcalde del Mar, consideramos que Su Excelencia había adquirido la más amplia e inigualable de las jerarquías municipales. Por eso no nos ha hecho gran impresión leer en la prensa española que el Ayuntamiento de Madrid, a propuesta de su alcalde, conde de Mayalde, con ocasión de cumplirse veinticinco años de la que viene siendo llamada “paz del Caudillo”, ha acordado:

“Nombrar a Su Excelencia don Francisco Franco Bahamonde, Alcalde Honorario de la capital de España, con las máximas preeminencias y honores que esta distinción lleva consigo.”

Para adjudicar al Caudillo “máximas preeminencias y honores” y para ilustrarlas con alguna hermosa medalla de oro con brillantes, siempre es ocasión y no hay por qué adelantar una exposición de motivos. Sin embargo, en su moción, el conde de Mayalde dice del Caudillo que “su ilusión, como la de cuantos hemos ostentado puestos de responsabilidad en el Consejo, es lograr que Madrid se convierta en una ciudad grande, alegre, limpia y progresiva, digna de ser la capital de nuestra Patria”.

Con justas palabras, el conde de Mayalde se refiere a la “ilusión” con que ellos esperan que Madrid “se convierta” en todo eso. No tuvo mayores motivos el santo Patrono de la Capital, San Isidro, para esperar que los ángeles le hicieran su trabajo. Pero pasan los años y no sólo Madrid no se convierte, sino que cada vez está más necesitado de conversión. En la misma plana de “ABC” donde se publica la moción del conde, una crónica municipal expone el espantoso y bien conocido estado en que se encuentran las importantes y “terribles calles” de Madrid. Viendo algunas de ellas fotografiadas en el mismo número del periódico, dan ganas de remangarse los pantalones. Las gentes maliciosas —¿qué tendrá que ver lo uno con lo otro?— comparan la fraudulenta ejecución de las obras municipales con la firme y cuidada apariencia de las fincas

con que han salido esos concejales que en sus concejalías entraron pobres, pero inflamados —eso sí— de santo amor a la patria y al glorioso Movimiento.

Sí; las gentes maliciosas y murmuradoras no cesan de proclamar que la administración municipal de aquellos tiempos precaudillales, aun con los defectos y lunares que en ella había, era cosa de santos comparada con la nada santificable de estos tiempos. Imagínese, pues, el placer con que esas han caído sobre esta impresionante declaración que, con laudable franqueza, hace en su moción al señor conde de Mayalde:

“En el último cuarto de siglo, el mejor alcalde de Madrid ha sido el propio Jefe del estado.”

Sólo en el último cuarto de siglo. Alabemos la noble sinceridad con que el conde de Mayalde reconoce que el Caudillo, superior en tantísimas cosas, no es mejor que los alcaldes de aquellos otros cuartos de siglo anteriores a su heroico alzamiento desde tierras de Marruecos. Así reconoce el conde su propia inferioridad, ya que considera al Caudillo como su inspirador y copartícipe en la Alcaldía.

Tiene, pues, Madrid dos alcaldes. ¡Dos alcaldes! Pensando en las habladurías que levanta su administración, una travesura de la memoria nos trae a las mientes aquel gracioso episodio del Quijote en el que se leía en un estandarte:

No... administraron en balde el uno y el otro alcalde.

Cierto es que en el Quijote no se dice “administraron”; pero somos respetuosos y no hemos querido emplear el verbo “rebuznar”.

26 de Marzo de 1.964

ASI SE VAN

“En el campo español están sucediendo cosas extrañas.” Así refiriéndose a cosas nada honrosas para el régimen que las produce, el diario madrileño “Ya” comienza su primer editorial. Y como adhiriéndose a esa afirmación, don Javier Martín Artajo publica al lado del editorial un interesante artículo titulado “¡Mejor! Así ya nos vamos”, que comienza de esta manera:

“Aunque parezca increíble, son muchas las familias que labran tierras de secano en la Mancha, Extremadura y Castilla, que se alegran de no recoger cosecha este año. ¡Mejor! Así ya nos vamos. Esta exclamación ha salido de labios campesinos, hasta ahora mudos y pacientes ante cualquier catástrofe. Y si este sentimiento no ha llegado a la boca de otros muchos, está latiendo en su corazón.”

Bien se ve que ese apunte está tomado al natural. En efecto, el golpe seco de la total miseria viene a resolver la angustiosa perplejidad de quienes cada año vacilaban entre el enflaquecedor apego al terruño y la atracción del pan ganado lejos. Y dice al articulista:

“Son docenas de miles de familias las que se encuentran en ese trance. En el otoño se desprenderán, como las hojas, de los árboles donde brotaron. Algo y mucho podría hacerse aún por contener esa desbandada.”

Por esta última expresión se echa de ver que el señor Artajo (don Javier), aquejado de sentimentalismo, no sabe a estas alturas por dónde van las conveniencias de la hora, que no son precisamente las de una justa reforma agraria. ¡Contener la desbandada! Y, sin embargo, precisamente de esa desbandada saca el régimen no sólo provechosas divisas, sino muy buenos motivos de orgullo. Una prueba de esto último nos la da “ABC” en una amplia información que su antiguo director don Luis Calvo le envía desde Alemania, y en la cual muestra la alta importancia que en aquel país ha adquirido la obra de los trabajadores españoles. En esa información se dice rotundamente que “el alemán no quiere trabajar”. En

cambio se cuenta que “la primera palabra alemana que aprenden los trabajadores españoles es “langsam” (despacio), porque a sus compañeros alemanes les molesta la solícita diligencia con que se entregan a la faena”.

Motivo de patriótica satisfacción es saber que los trabajadores españoles se aplican tan denodadamente a enriquecer aun más la economía alemana; y no se diga que sería mejor que se emplearan en levantar la pobre economía de su propio país, porque lo que al régimen caudillal le interesa para sus gastos y gastillos es juntar con las divisas del turismo las que aquellos hombres envían para sostenimiento de sus familias.

Mas para encontrar tales motivos de orgullo no hay que salir de las páginas de “Ya”. En su editorial del 3 de junio, frente a quienes desconfían de que el franquismo pueda entrar alguna vez en el Mercado Común, el periódico lanza la sorprendente afirmación de que “de hecho” está ya dentro de él. Lo dice así:

“España está ya, de hecho, influyendo con su presencia en la Comunidad Económica Europea. Pensemos en los muchos miles de españoles que prestan su esfuerzo en las fábricas, en las minas y en los campos de la vasta zona que esa Comunidad abarca.”

He ahí cómo en tan alta Comunidad, la “presencia” de España es la muy honrosa de esos trabajadores que llegan con un cajón de tablas amarrado con sogas; la de los que, ante el advenimiento de la miseria total, dicen aquello de “¡Mejor! Así ya nos vamos”.

Y es lo que dirá el Caudillo: ¡Mejor! Así ya se van.

18 de Junio de 1964

